

Relatos Gráficos de La Unión Vol.1

Cuentos
Rubén Silva González

Investigación y Contenidos

Juan Jullian
Tamara Ocampo
Mónica Díaz
Sergio Ocampo
Joel Lespai

ISBN: 978-956-9588-01-3

© 2014 Centro Cultural La Unión

Impreso en Chile
Impreso por PixelPrint para el Centro Cultural La Unión

A todos los que comprendieron la
importancia de registrar las historias,
entre los que se encuentran:

Sergio Florín

Juan Pablo Jung

Ricardo Preisler

Oswaldo Leal

I. Municipalidad de La Unión

Gonzalo Carrasco

Leonel Herмосilla

Ligia Gallegos

Alejandro Carrasco

Edmundo Moncada

Iván Ríos

Xenia Vogel

Martin Königstein

Jorge Mautz

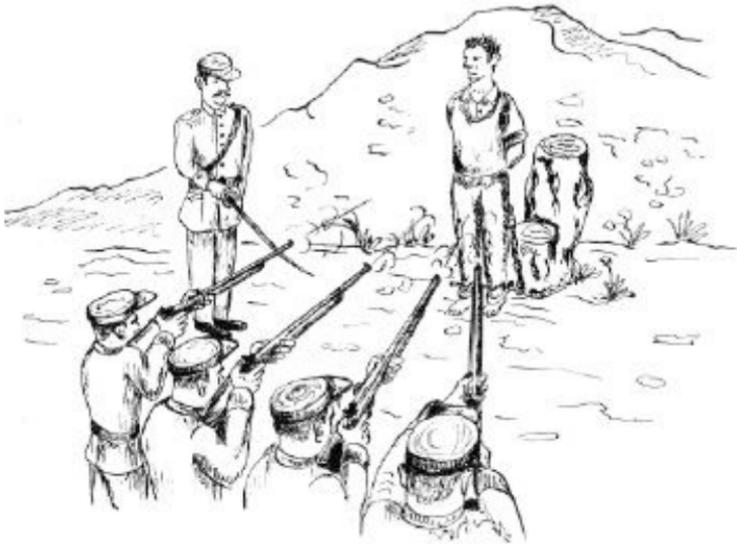
Colegio Alemán de La Unión

Ricardo Rivas

Delia Subiabre

Augusto Grob

Cecilia Vera



Castigo Inminente

*Fusilamiento del reo Elizardo Hernández
Mayo de 1899*

Aún no comprendo por qué estas personas han venido a dejar tanta comida. La mesa rebosa alimentos que en mi vida había visto, y que por la promesa que me he hecho de no tragar nada antes del fusilamiento, no probaré jamás. Esto es lamentable. Y todo porque horas más tarde me van a fusilar.

La historia de por qué me encuentro aquí, en la capilla, antes de ser arrebatado de este mundo por unas cuantas balas, es larga y confusa. Me permito decir, sin embargo, que la razón de mi condena a muerte es obvia: maté a un hombre. Y no a cualquier hombre, sino que al mismísimo alcaide, un viejo gordo y apestoso que tan merecido se tuvo el corte limpio en su garganta que acabó con su vida. Dicen que la muerte de alguien no está justificada. Yo creo que en algunos casos se justifica. No me pregunten por qué. Pero sé que esta muerte está justificada. Y no me arrepiento, no tengo motivos comprensibles. De haber considerado el arrepentimiento lo habría hecho antes de cometer el homicidio. Me habría arrepentido de la intención de matar. Pero ya no tiene caso. Por lo mismo, ya no hay cabida para el lamento.

Hace un rato vino mi madre y con un paño húmedo intentó limpiar las heridas que me han hecho estos grilletes y cadenas. Apenas puedo moverme, y cuando lo hago, los grilletes me rozan tan fuerte la piel, que la desgarran. Mi pierna izquierda tiene un pequeño colgajo de carne que se muestra aterrador. Mi madre quiso curarme pero no la dejé. Le dije que debía morir con todas las de la ley, sin indulgencias de ningún tipo. No lo entendió y me dijo que a pesar de todo, de todo lo que decía la gente del pueblo, ella me amaría siempre, sin rencores ni remordimientos.

Ahora que lo pienso, no sé cómo la dejaron pasar. Hasta ayer nadie podía pasar a verme. Bueno, debo reconocer que mi madre se las ingenia para superar cualquier obstáculo. Sólo espero que ese tal Julio Vera no le haya pedido nada denigrante a cambio de entrar al calabozo. Pobre madre, apenas tuve palabras para contestarle algunas preguntas. Lo único que le pedí, le hice prometer, que no derramara una sola lágrima por este, su hijo asesino. Ella movió la cabeza de forma afirmativa, se secó las lágrimas, y después de abrazarme y mirar el calabozo, como grabando el lugar a través de sus ojos, salió en silencio. Julio Vera abrió la celda, la cerró y me dio una mirada de desprecio. En mi mente lo maldije y saboreé la idea de llevármelo al infierno. Supongo que la imagen de mi madre saliendo cabizbaja de la cárcel es el último recuerdo de ella que me llevaré a la tumba. No cabe duda.

Hay un tumulto de gente afuera. Gente del pueblo, algunas autoridades, gente que había visto pasar cerca de mí. Se escuchan sus voces inteligibles, como un rumor, como un eco. Esperan mi muerte, quieren verme morir. Lo sé. Pero no les daré en el gusto si lo que quieren es ver a Pizaña, el enano, el de ojos pequeños y el pelo desordenado, derrotado y huyendo de la muerte. No señor. Yo no le temo a la muerte, nunca le he temido. Estoy dispuesto a pagar mi deuda con la sociedad (como dicen ellos) sin reparos,

congojas ni angustias. Qué más, si al fin y al cabo todos, tarde o temprano, con el pecho lleno de balas o no, nos veremos las caras con la muerte. La diferencia está en que yo, Pizaña, la miraré fijo, sin miedo y sin vergüenza.

Ya no recuerdo la última vez que vi el pueblo. Solía caminar solo bajo la lluvia o el sol. Caminar entre pastos húmedos, árboles milenarios y pequeñas casas de madera con sus chimeneas funcionando, era una experiencia mágica. El pueblo puede ser ese espacio en el cual nada permanece intacto. La naturaleza cambia, las construcciones del hombre cambian, todo se modifica por el paso del tiempo. Yo era libre para dar estos paseos hasta que tomé mi cuchillo, lo puse en el cuello del alcaide y presioné con toda mi fuerza hacia su yugular. Fue entonces cuando vi la muerte salir desde mis manos.

Y aquí vienen, aquí los oigo, aquí los veo, y más temprano que tarde. Con sus trajes azules, con botones dorados y sus fusiles al hombro. Vienen por mí. La muerte viene por mí en forma de ridículos soldados. Viene a tomarme y a dejarme en quizá qué sitio, en qué baldío. Y la gente grita, la gente aúlla, aplaude, se descontrola. Las autoridades, los policías, el mismo Julio Vera están próximos a presenciar un espectáculo. Veo sus rostros demacrados, rabiosos, expectantes. Me odian. Creen que les temo, que tengo miedo de morir. Pero no, no tengo miedo, tampoco hay

lágrimas, no hay congoja, no hay temor. En este momento no hay nada, ni una plegaria. Sólo un vacío, sólo el silencio. Porque yo, Pizaña, que bien llamado sea Elizardo Hernández, con calma y orgullo, y sin paños en los ojos, está a punto de pisar el cadalso y pagar, sí, aunque no lo quiera, pagar, por haber abierto la garganta de un hombre. Simplemente espero no recibir bendición ni rezo alguno. Sólo Dios sabe qué es lo que está bien o está mal.



García Madero

*La faena del trigo
1930-1950*

Igual que todos los días García Madero se despertó a las 6:00 de la mañana, pero esta vez no por el canto del gallo, sino que por el llanto de su hija. Se

levantó, preparó la leche, se la llevó a su mujer para que se la diera a Consuelo, y se fue a lavar. Como acostumbraba, desayunó café y pan con mermelada de mosqueta. Después de hacerlo, se lavó los dientes, se despidió de su mujer, le dio un beso en la frente a su hija y salió con paso nada rápido a la faena. Ese viernes llovía a cántaros y como su bicicleta no tenía tapabarros llegó al fundo mojado y embarrado. Las escasas luces que alumbraban el camino de piedras le parecían faros que alumbraban sin descanso una calle desolada. Le llamaba la atención el reflejo de la luz en los charcos de agua. Sus charcos de agua, de todas las mañanas, de todos los días de invierno. Pero ese día algo le ocurría, algo lo tenía con la mente en otro sitio. Sólo trató de concentrarse en la lluvia que caía en el pueblo y en los campos.

Entonces, después de haber estacionado su bicicleta, saludado a sus compañeros y haberse cambiado la ropa mojada por una que le esperaba colgada en el mismo lugar donde la dejó el día anterior, García Madero caminó en silencio junto a un grupo de trabajadores. Se dirigían a la faena, a cortar trigo para llevarlo al molino. No sabía por qué no podía tranquilizar su mente, detener sus recuerdos.

¿Recuerdas cuando les ayudábamos a sembrar la huerta? ¿Los porotos, las habas, las papas, las



lechugas? ¿Recuerdas el patio grande, el manzano, y los dos ciruelos? ¿Recuerdas cuando usamos dos tarros de leche vacíos como escalera para alcanzar las ciruelas más maduras y cuando éstos se movieron y tú caíste enterrándote un alambre de púa en el brazo? ¿Recuerdas cuando íbamos a comprar semillas y después teníamos que meterlas en la tierra? ¿Recuerdas las gallinas, los gatos y los perros que tuvimos y que al final estos últimos terminaban muriéndose nada más pasar un tiempo en la casa? ¿Recuerdas esos días de lluvia donde ayudabas a picar y entrar leña? ¿Recuerdas la primera vez que hiciste fuego y la cocina quedó llena de humo?

Mientras las matas de trigo iban siendo cortadas, y la sirena del molino empezaba a ulular, Pedro, uno de los compañeros de grupo de García Madero empezó un monólogo, que sus compañeros, en tanto trabajaban, escuchaban atentos. Explicó que a pesar de que en algunas ocasiones el trabajo lo agobiaba, se sentía a gusto con los Grob; que el molino era una de las industrias más antiguas del sur de Chile y un ícono para La Unión; que los Grob eran buenos patrones y que no se arrepentía de trabajar con ellos, etc. Siguió enumerando buenas experiencias hasta que, mientras seguía hablando, se acordó de la “sinfonía de chillidos”, que no era más que el ruido que producían las cientos de carretas de bueyes que se encargaban de



llevar el trigo del campo al molino. La gente había apodado así al sonido que producían las carretas al cruzar las calles de la ciudad desde muy temprano. Pedro recordó que desde niño ese sonido le había producido nostalgia, y que su mamá, junto a él y sus hermanos, se paraban en la entrada de la casa a ver pasar a los bueyes, las carretas y los trabajadores, que en ocasiones, con sus cigarros encendidos, extendían sus manos en señal de saludo.

Pero cuando Pedro aún mantenía esa imagen a la vez que seguía con las palabras en la boca, Ernesto, otro trabajador que los acompañaba, lo interrumpió y le dijo a viva voz si estaba enterado de que el molino estaba en la “lista negra” de Estados Unidos por suponer que sus patrones tenían algo que ver con los nazis. Según él, esto significaba que el molino era considerado un lugar peligroso y contrario al bien internacional. Una fábrica sospechosa de colaborar con el enemigo. Pedro dijo que no sabía nada al respecto, que sólo había escuchado rumores, y que por lo demás, estaba exagerando. Sin embargo, y como despertando de su ensueño, García Madero, haciendo a un lado sus pensamientos, se dignó a responder por su compañero, diciendo, más bien asegurando, dando fe, con un gesto de cejas y boca, que eso era falso. Que los jefes nunca habían estado involucrados con los nazis, y que Estados Unidos sólo tenía celos y envidia del pueblo alemán. Pero Ernesto no se conformó con eso y

empezó a cuestionar a García Madero, que, aunque quería, no podía desligarse de lo que estaba pensando desde que se levantó.

Esa vez no te atreviste, no fuiste capaz de matar la gallina que te habían ordenado que mataras para el almuerzo. Tuve que ir yo. Te pedí que la agarraras de las patas y que pusieras su cabeza en el tronco. Hasta eso no pudiste hacer. Tu mamá se reía y ella tuvo que agarrarle las patas a la gallina y ponerla en el tronco para que yo le diera el hachazo.

- *Yo no pude porque tenía miedo*

- *¿Miedo a qué?*

- *A la muerte, a mi propia muerte*

Los ánimos se empezaron a poner tensos. Ambos se enrolaron en una discusión que terminó con García Madero ridiculizado, siendo motivo de burlas por parte de su compañero que lo definió como un lame botas de los dueños del sur de Chile. Pero Pedro, mientras se sonaba la nariz, y sin importarle interrumpir a Ernesto, cambió bruscamente de tema.

- Oye García ¿cómo está tú mujer?

- Está bien, desde que tuvo a Consuelo, ha estado en la casa nada más.

- Uf... y ahora que eres papá, eres otra persona ¿no? ¿Qué se siente ser papá?

- No lo sé, supongo que te sientes más responsable. Quizá sientes que ya no eres el mismo...

Las respuestas de García Madero eran frías y con suerte miraba de reojo a su interlocutor. Pedro, que se percató de esto, no quiso preguntarle qué le ocurría. En otras ocasiones García Madero le conversaba lo que había estado haciendo el día anterior después del trabajo, o le hablaba del campo, de los animales, del molino, aunque siempre con recato, siempre con seriedad y desánimo. Pero García Madero estaba ensimismado, apenas lograba concentrarse. Al final, Pedro terminó poniendo su atención en el canto que tenían otros trabajadores a unos metros de ellos. Los hombres de ese grupo traían gorros de lana y gruesas mantas, y, con botas de goma puestas, transitaban en el trigo sin haber cortado aún mata alguna. Se reían, se molestaban y al parecer, no tenían ganas de trabajar. A lo lejos se escuchaba la canción que entonaban, mientras a escondida, se pasaban un cigarro que ya le quemaba los dedos.

- ¡Pásame el cigarro desgraciado, o te las corto!

- ¡Ay! Qué fino el señor.

¿Y qué pasó después? ¿Por qué mataron a todas las gallinas y nunca más compraron otras? ¿Por qué desde hace dos años no han vuelto a sembrar? ¿Por qué ya no cortan tan seguido el pasto que crece tan rápido en el patio? ¿Por qué se cambiaron de casa y se olvidaron de la vida que llevaron en los primeros tiempos?

Avanzada la mañana, García Madero y Pedro fueron en busca una carreta de bueyes para ir acumulando el trigo. En el camino, Pedro le preguntó si de verdad creía que los señores Grob no tenían nada que ver con los alemanes en la Guerra. Madero le dijo que no tenía por qué suponer que sus jefes tuviesen que ver algo con ello, sobre todo a miles de kilómetros de distancia. Le contó que había escuchado una conversación entre uno de los capataces y el señor Grob, y este le comentaba a su trabajador que repudiaba la guerra y se compadecía de familiares que tenía en Alemania. El señor Grob le dijo que en la capilla siempre pedía a Dios que la guerra terminara. Pedro le dijo que eso era creíble, porque los Grob siempre iban a la iglesia. Pero aunque le encontraba razón, insistió en el rumor de que el molino estaba en la “lista negra” de Estados Unidos. Según él, eso lo había escuchado de buena fuente. Madero, mientras sacaba los bueyes del corral, le dijo que quizá fuera cierto, pero que era para desestabilizar a todos los alemanes, daba lo mismo si era o no simpatizantes. Pero daba lo mismo, porque aunque nadie les podía vender los sacos para el harina, los jefes se las ingeniaron para hacer cajones de madera y así envasarla y transportarla.

No nos olvidamos, sólo que no pudimos seguir haciendo lo mismo, porque ella había partido, ella ya no estaba. Ella, la que estaba detrás de todo, la que

daba las ideas, la que de un cierto modo, manejaba las situaciones, acaso la familia entera. Ella, la que se pasó media vida criando a los hijos de su hijo, a los hijos de la mujer de su hijo. Ella, la que una vez me dijo: el campo es bueno, pero no es suficiente.

Recorrieron un par de hectáreas hasta donde tenían que trabajar con la carreta de bueyes. Ambos apenas hablaron en el trayecto. A lo lejos, se veía como muchos trabajadores, agrupados de a tres o de a cuatro, cortaban el trigo y lo echaban en carretas. Estas carretas se movilizaban a unos galpones donde se empacaba el cereal para irlo a dejar al molino.



Y toda la actividad volvía a empezar. Los trabajadores hablaban, conversaban, cantaban. Algunos se veían fatigados, otros repuestos y robustos. El frío de la mañana, que para la gente común hubiera hecho estragos, para ellos era una agitada caricia en el rostro. Nada más. Estaban acostumbrados a trabajar de día o de noche, con lluvia, con sol, con viento o sequía. El clima no importaba, sólo importaba el maíz, el molino, los patrones. Pero en el fondo, para ellos, para todos esos trabajadores que a lo lejos se veían en el campo, parados, agachados, con gorros o sin ellos, cortando trigo, lo importante eran sus familias. Llevar dinero y comida al hogar, alimentar a sus hijos a sus esposas. Lo importante era ser buen padre de familia. En eso pensaban, en eso creían.

- Estamos llegando- dijo Pedro rascándose la cabeza

- Sí, queda poco- respondió García Madero.

- Dime una cosa García ¿Hoy es el día del pago o no?

- No lo sé, deberías preguntarle a alguno de los jefes.

Entonces llenaron la carreta con el trigo y fueron en busca de otros trabajadores para que les ayudaran a llevar los bueyes al galpón. Eso hicieron, al menos unas tres veces: llenar la carreta con maíz y llevarla al galpón, hasta que llegó la hora de almorzar. Todos empezaron a caminar rumbo a la cocina, que los esperaba tibia, con dos ancianas cocineras amables y sonrientes que les esperaban para darles de comer.

Ella una vez dijo que había que intentar buscar nuevos rumbos, nuevos caminos, que si se quería algo más, había que salir a buscarlo. No dijo que no podía estar aquí, de hecho mencionó que era probable que ese algo, esté entre los bosques y los lagos del sur, pero así mismo dijo que, era necesario que ese algo esté afuera, allá donde todo es plomo y de cemento. Yo no lo entendí...

Mientras una cucharada de sopa se dirigía a su boca, García Madero retraído, no dejaba de pensar en su madre muerta. La tenía en la mente todo el tiempo. Ese día, se cumplía un año de su partida. Madero nunca quiso que lo dejara tan pronto. Se arrepentía de no haber estado con ella cuando daba su último respiro. Pero no había remedio. Todo ya era un mero recuerdo.

La comida repuso a todos los trabajadores. Después de comer algunos hombres sacaron cigarros y empezaron a fumar. García Madero se alejó del grupo, se tendió bajo un árbol a descansar. Quería intentar dormir los últimos quince minutos de colación que le quedaban. Aún faltaba un largo día en el campo, entre el trigo, las carretas de bueyes y los recuerdos. No quería desfallecer. Quería llegar íntegro a su casa, a disfrutar de su mujer y su hija. Sólo ellas lo mantenían con vida.



Inauguración

*Inauguración de la 2da Turbina del Llollehue
19 de Octubre de 1930*

La escena transcurre en el fundo Calcufilo. La sociedad Industrial Teófilo Grob inaugura la nueva planta Hidroeléctrica. El lugar, un fundo bien cuidado, con un escenario adecuado y mesones preparados para dar de comer a todos los asistentes, se presenta como el típico rincón sureño parecido a los campos suizos.

Hay autoridades gubernamentales, locales, empresarios, operarios y trabajadores en general. Hay un número importante de mujeres que preparan la comida. También se ven niños jugar por el sector, no muy interesados en lo que está pasando. El público en general está ansioso y preocupado de la actividad.

La nueva turbina se presenta delante de todos como una máquina imponente y sofisticada que deja impresionados a todos los asistentes. Dos operarios miran y escuchan la ceremonia.

Hablan y comentan lo que sucede. Tratan de comprender lo que están viviendo. Reflexionan.

- Ven, ven, apúrate, el Gobernador está dando un discurso.

- Sí, sí, ya voy.

“Me siento muy orgulloso de esta magnífica obra. Felicito a la Sociedad Industrial Teófilo Grob y a su Digno Gerente por este gran logro realizado”.

- Hay mucha gente importante...

- Sí. Mira a tu izquierda... hay grandes mesones con mucha comida... muero de hambre.

- Pero concéntrate hombre, el Gobernador está hablando.

- Sí, sí, en eso estoy.

- Hace frío. ¿Tienes frío?

- Un poco. Me voy a poner el gorro.

- Haré lo mismo.

- Quiero que esto termine pronto.
- Tú y tu apuro. ¿No ves que es un día diferente?
- Hace casi una hora que debería haber estado en mi casa.
- Pero hombre, hoy es un día especial. Todos hemos trabajado para esto. Sin duda que hay que estar más tiempo del que tenemos por horas de trabajo.
- Sí, sí. Lo sé...
- Antes del señor Grob, que en paz descanse, La Unión era un pequeño pueblo olvidado del sur de Chile. Después del señor Grob...
- Seguimos teniendo muy pocos habitantes.
- Pero es una ciudad industrializada.
- ¿Y eso qué tiene?
- Somos una ciudad diferente. Hay progreso, hay trabajo, tenemos una vida digna.
- Tú y tu simpleza.
- No es simpleza, es realidad.
- ...

“Sinceramente, creo que esta obra es un orgullo para nuestro departamento y el sur de Chile entero. Con toda esta nueva energía que se producirá desde esta central, se abastecerá de luz no sólo a nuestro pueblo, sino que también a nuestros vecinos”.



- Pon atención hombre, escucha...
- Apenas comí un pan y un té al almuerzo.
- Parece que no dimensionas lo que está ocurriendo aquí.
- ¿Cómo qué no? Sé muy bien lo que está pasando aquí.
- No lo demuestras.
- No necesito hacerlo.
- Deberías estar contento de que al menos tengamos trabajo.
- Lo estoy, pero la felicidad no lo es todo... tengo la impresión que te arrodillas ante la grandeza de estas personas, sus logros, su Sociedad...

- No, claro que no. Sólo soy realista, ya lo sabes.
- Aún seguimos trabajando muchas horas al día.
- En todos lados es así... ¿no te das cuenta del logro que significa esta nueva obra?
- Claro que lo sé, si no soy un imbécil.
- Mira, escucha. A ver, espera... deja buscar...
- ¿Qué cosa?
- Espera... es un papel... pero deja ver...
- ...
- Ya, aquí está... mira, deja leerte esto...
- ...
- Esta turbina es la última palabra en tecnología. Se acciona con un acoplamiento directo de la marca Siemens.
- ¿Qué es eso?
- Espera hombre, deja seguir...
- ...
- La marcha del conjunto es regulada automáticamente por un regulador hidráulico. Tiene una turbina Heplen, que puede desarrollar hasta 750 caballos de fuerza.
- Tú sabes que poco entiendo de eso.
- Yo también, pero por lo que he escuchado es una maravilla.
- Seguro.
- A ver. Deja seguir. Aún no termino. .. fue adquirida por la Sociedad a la constructora J.M

Voith, que entrega seguridad, respaldo y una garantía absoluta...

- Recuerda que estuvimos más de veinte meses trabajando y que entre máquinas y hombres, removimos muchos metros ¿cúbicos? ¿se dice cúbicos? de tierra. Después del montaje casi me quedé sin brazos y espalda.
- Sí, creo que se dice cúbicos. Esta máquina es imponente.
- Sí.
- Por lo visto nada te motiva ¿eh?
- Sólo quiero que empecemos el pic-nic.
- Está hablando el señor Rafael Azocar y Reyes.
- ¿Tú sabes todos los nombres de estas personas?
- Trato de informarme.
- ¿De informarte o lamer botas?
- Pf, de nuevo con lo mismo. Sólo porque somos amigos... sólo porque somos amigos no te digo nada.
- ...

“No debemos olvidar nunca el nombre del fundador de esta gran empresa, el señor Teófilo Grob. Sin él, sin su empuje, su ambición y fuerza de trabajo, no podríamos haber logrado nada de lo que tenemos frente a nuestros ojos. No tenemos más que estarle agradecidos de su tenacidad y perseverancia”.



- Todos vamos a recordar al señor Grob.
- ...
- ¿Te acuerdas de él?
- Claro que sí.
- Era un buen hombre.
- Sí.
- Pucha que se echa de menos.
- ...
- Tenía que haber estado hoy aquí.
- Dime algo ¿cómo se llama este fundo?
- ¿Por qué lo preguntas?
- Se me olvidó.
- No te creo.
- ¿Por qué no pudo haberseme olvidado?

- ¡Pero si trabajamos todos los días aquí!
- ¡Dime cómo se llama y deja de reprocharme todo lo que yo hago!
- Calcufilo, se llama calcufilo.
- Ah, ya lo recordé.
- Mira, ahí está el señor Ernesto Grob sacándose fotos.
- Parece que nunca hubieras visto una cámara fotográfica.
- ...
- Sabes, tú no deberías estar aquí.
- ¿Qué dices?
- Eso, tu no deberías estar aquí. Al escucharte hablar no pareces un trabajador.
- Pero qué estás diciendo. Claro que parezco y soy un trabajador.
- Pero sabes muchas cosas.
- Sí, pero eso no significa nada.
- Mira, te diré algo. Por más que manejes información, por más que puedas parecer alguien que no eres, siempre serás un trabajador.
- No sé a qué viene este sermón.
- Es sólo un comentario. Sólo te digo que nunca seremos como ellos. Ellos tienen dinero, educación. Nosotros no. Yo no me quejo. Pero me da la impresión que te gusta su estilo de vida.



- Y si fuera así... ¿qué?
- Nada pues, sólo que te ves un poco ridículo.
- ...
- Mírate. Tus botas, tu manta, tu gorro... y leyéndome un papelito que habla de la turbina.
- ...
- Sólo quiero decirte que ellos tienen proyección económica, una visión... algo que nosotros no tenemos. Tenemos que vivir felices con lo que somos y punto. Eso basta.
- Sí, sí, ya lo sé.
- ...
- Hay mujeres muy hermosas en este lugar.

- Sí, eso es cierto.
- ¿Qué hora es?
- Las seis de la tarde.
- Al parecer la comida va a empezar.
- Uf, ya era hora.
- Vamos a lavarnos las manos.
- Vamos.
- Oye... sólo una última cosa...
- Qué.
- No intentes ser mi hermano mayor.
- No intento serlo.
- Al menos lo pareces con tus sermones.
- Eso da igual.
- No, no da igual.
- Apúrate mejor, que nos quedaremos sin comida.
- Eso intento.



Aguirre y la ira de Dios

*Asesinato del Alcalde Francisco Aguirre
21 de Julio de 1933*

Me llamo Federico Schmohl y por ese entonces era el ingeniero de la municipalidad. Mi trabajo era como el de cualquier mortal, y hasta ese día 21 de julio de 1933, no había sido testigo de un acto de violencia,

mucho menos había presenciado la muerte de una persona que veía todos los días, en el trabajo, en la oficina, en la calle.

Por ese tiempo La Unión era un pueblo tranquilo en donde las personas, independiente de su condición social, vivían una vida quieta y apacible, que se reflejaba en la concurrencia masiva de pueblerinos a la Plaza Concordia. Un amigo la llamaba la “plaza de la compañía”, porque curiosamente, al menos los sábados y domingos, la gente asistía a ella en grupos o en familia a disfrutar de la tarde y los pastos verdes. Se reunían alrededor de la Pileta que en ocasiones salpicaba agua, agua con la cual los niños



pequeños jugaban y se mojaban. Pero ese día de invierno el pueblo sucumbió ante la tristeza y el miedo, y la plaza, si bien se llenó de gente, no fue precisamente para festejar.

La tragedia ocurrió a eso de las dos de la tarde de ese jueves. Yo volvía de la hora de almuerzo. Había pasado al baño a lavarme los dientes y a peinarme. Entonces, cuando terminaba de guardar la peineta en uno de los bolsillos de mi pantalón, escuché, desde el despacho del alcalde Aguirre, unos gritos, y al instante tres disparos que se mezclaron con un pequeño aullido, que ahora que recuerdo, fue un murmullo diciendo el nombre de una mujer. Por un instante pensé en salir corriendo y dar aviso a la policía, pero me armé de valor y abrí la puerta. Y ahí estaba él, Luis Foster, el secretario de la alcaldía, sentado en una silla, con la mirada perdida en la pared, con un arma en sus manos y el cuerpo de Francisco Aguirre a unos metros de él, con dos balas en la cara y otra en el corazón. Por unos segundos no supe que hacer, si gritar, ver si el alcalde aún estaba con vida o pedirle alguna explicación a Foster. Pero reaccioné y con voz en cuello empecé a llamar a los guardias, que en cosa de segundos ya estaban en la habitación con Foster en el suelo y bien amarrado. Como era obvio, la gente empezó a llegar. Los gritos y llantos de las mujeres, principalmente, comenzaron a inundar el lugar. Rebotaban en las paredes, se transformaban en ecos avanzando en todas

direcciones. Muchos empezaron a correr, a telefonar, a pedir un doctor. Pero era tarde, cualquier intento de reanimar al alcalde sería en vano. Él estaba muerto, con tres balas metidas en el cuerpo que se encargaron de dejarlo inmóvil en el suelo, demostrando que la fuerza y el ímpetu humanos no resisten tres pedazos de metal entrando a toda velocidad por los músculos.

La información a veces no tarda en llegar. Horas más tarde me enteré de lo que había ocurrido. Foster no había llegado a trabajar y a eso de las doce del día se dirigió a la oficina del señor Aguirre a excusarse. Pero el alcalde no dejó pasar su atrevimiento y le dijo que podía seguir de farra no más, porque no volvería a trabajar, estaba despedido. Entonces Foster, en un vehículo municipal, fue a su casa a buscar un arma y volvió a eso de las dos de la tarde, pasó al despacho de su jefe y apretó el gatillo justo cuando yo iba del baño a mi oficina para seguir trabajando.

En la noche, con un grupo de compañeros de trabajo fuimos al velorio. Y lo que me ocurrió allí es lo que me ha movido a contar esta historia. Después de más o menos una hora de estar en el velatorio, me paré y me acerqué al ataúd, que por cierto estaba cerrado. Sin duda nadie quería ver el rostro destrozado del señor alcalde, que para bien de algunas mujeres, no era mal parecido. Pero la cosa es la siguiente. Mientras estaba ahí, al lado, simplemente al lado, con una de

mis manos en el cajón, a la altura de su estómago, recordándolo, viendo como en una fotografía mis momentos con él en el municipio, empecé a imaginar que yo era el muerto, que yo era el señor Aguirre. Es algo que me había ocurrido en algunas ocasiones, no con el alcalde, sino que con otras personas, en otros contextos. Pero siempre relacionado con la muerte. Es extraño de explicar. Creo que se resume en que, sin control aparente, imaginaba que estaba viviendo, en mi mismo cuerpo, la experiencia de morir de otro. Viviendo la muerte como en un sueño. Las veces que me ocurrió, había sido insólito, nostálgico o perturbador. Porque empiezo a hablarme a mí mismo, asumiendo la voz de la otra persona como propia y mi cabeza se llena de recuerdos, que son pura imaginación, pura imagen ajena, de sucesos que yo no he vivido.

Entonces, como dije, mientras seguía al lado del ataúd, me empezó a doler la boca, el lado izquierdo de la cara y el pecho. Mi camisa se empezó a mojar por un líquido rojo. Era sangre. No me podía mover. Sentía frío. Algo me había pasado. Mis asistentes empezaron a correr, a gritar, a pedir ayuda. El secretario cargaba un arma. Estaba quieto e inmóvil. Me miraba fijamente. Estaba a punto de ponerse a llorar. Yo quería moverme pero no podía hacerlo. Aparecieron dos carabineros. Arrestaron al secretario. Le quitaron el arma. El secretario lloró. Dijo que no lo

había querido hacer. Que sólo estaba harto de que yo lo retara todo el tiempo. Los carabineros lo esposaron y lo sacaron del despacho. Podía ver todo lo que pasaba a mi alrededor. Federico Schmohl acababa de entrar. Yo estaba en el suelo, con la cabeza destrozada por dos balas. Mi pecho tenía un agujero, que alrededor, se inundaba de sangre. Y me veía ahí tirado, rodeado de funcionarios que lloraban, que gritaban, que maldecían. Después, algo empezó a cambiar. Empecé a moverme y a sentir miedo. Comencé a dirigirme hacia una neblina helada y espesa que cubría mi despacho, de donde los médicos trasladaban mi cuerpo. Lo pude ver. Pero a lo lejos. Y empecé a querer estar con mi familia. Con mi esposa, con mis hijos. Al instante la divisé a ella. La llamaban por teléfono. Se puso a llorar a gritos. Se desmayó. Uno de mis hijos la fue a socorrer. No pude hacer nada. Quise decirle que la amaba. Pero mi cuerpo estaba en la morgue. Lo abrían. Lo examinaban. Anotaban en un papel. Después lo cerraron. Sentí el ruido que hacía la aguja al traspasar mi carne. Un sonido imperceptible. Jamás había escuchado algo así. Las autoridades llamaron a mi casa. Visitaron a mi mujer. Mis hijos lloraban cerca de un cajón color caoba. En seguida vi una multitud en el campo santo. Escuché discursos tras discursos. Todos me alagaban. Me admiraban. Después vi llanto, lágrimas, penas. La tristeza en su máxima expresión. El cementerio quedó vacío. Llovía.

Los ramos de flores puestos en la tumba comenzaron a secarse, a descomponerse. El miedo regresó y recorrió mi cuerpo. Aguirre, Aguirre. Oí una voz. No lo entendí. Quizá no lo quería entender: estás muerto, dijo la voz de un hombre que salía de todas direcciones.

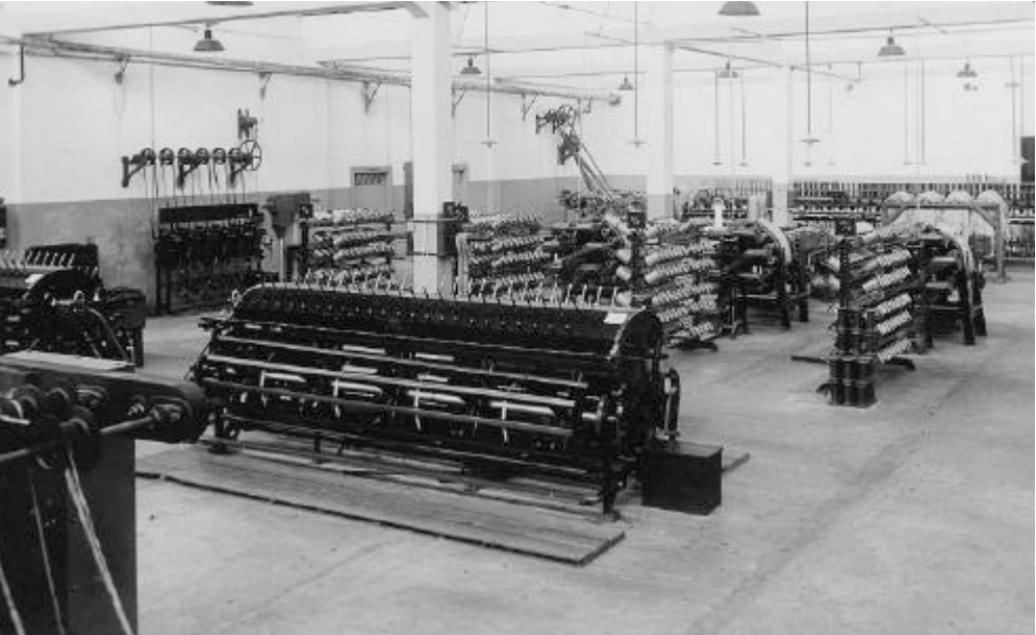
Cuando volví en sí, tuve miedo. Nunca me había ocurrido esto de forma tan real. Jamás se lo conté a nadie. Hoy es primera vez que me atrevo a hacerlo. Creo que ya no tengo miedo a que alguien diga que estoy loco, que necesito un doctor, que necesito un asilo. Mal que mal, a un viejo de más de setenta años, todo el mundo lo confunde con un enfermo mental, con alguien que no tiene su memoria trabajando a su máxima capacidad.



El día del funeral la ciudad de la Unión se desbordó. Una multitud de gente acompañó a la carroza al cementerio. Todo era llanto y dolor.

Cuando el ataúd iba bajando y mientras un cura rezaba una plegaria, recordé mi experiencia en el velorio y supuse que era yo el que iba descendiendo, que era yo el que en unos minutos más iba a estar bajo tierra para siempre.

Al terminar el funeral me dirigí a la plaza. Me senté y me dediqué a mirar a la gente pasar. Una familia alegre caminaba frente mío. Una niña jugaba con un globo. Unos niños pasaron a jugar con agua a la pileta. Ellos no sabían lo que acababa de ocurrir. Eran inconscientes. Y otra vez lo dije en mi interior: después de esta tragedia, La Unión jamás volverá a ser la misma.



Tiempos modernos

*Inauguración de la hilandera Linos La Unión
24 de Septiembre de 1941*

A pesar de lo ajetreado del día no puedo faltar a mi promesa de poner por escrito en este diario lo que ha estado ocurriendo este último tiempo. No soy muy constante a la hora de redactar, lo sé. Esto se debe a mi actual puesto en la fábrica. Pero debo escribir, debo

anotar, aunque sean unas cortas líneas. La relevancia de este día lo requiere.

Cuando era niño y mi madre estaba de buen humor me decía Julito; cuando yo me había portado mal, pero no era algo grave, me decía Julio; cuando se enojaba de verdad y yo había hecho algo realmente grave, me decía Julio Buschmann con voz intensa y autoritaria. Ella era una mujer robusta. No sólo de contextura, sino de personalidad, de convicciones. Cómo me hubiera gustado hoy escuchar su voz, aunque me llamara por mi nombre y apellido. La extraño, por decir lo menos. Aunque los años cada vez hagan su imagen un mero recuerdo. Me gustaría haberla visto aquí. Pero aunque no esté, creo que de algún lugar me está mirando, me está escuchando, me está apoyando.

Hoy es un día especial. 27 de septiembre de 1941 será un nuevo episodio en la historia de la Unión. Al decir esto quizá pueda sonar como si fuera un extraño, un extranjero, que este pueblo no fuera mi hogar. Quizá pueda entenderse de esta manera. Pero muy por el contrario, decir que desde este día, donde se inaugura la Hilandería de Lino, comienza un nuevo episodio de La Unión, es una señal de que conozco la historia de mi ciudad, y que estoy al tanto de lo que significa esta industria para los unioninos. Esto no se me puede negar.

Las autoridades ya han llegado. El ministro de Hacienda Guillermo del Pedregal y el de Agricultura Raúl Puga, ya se encuentran en las dependencias de la industria. No puedo dejar de sentir admiración por ellos, a la vez que orgullo del trabajo realizado, porque no han hecho otra cosa que alagar las instalaciones, la obra en general. Nuestro trabajo no ha sido en vano. Hemos dado muchas horas de nuestro tiempo, horas que han sido quitadas a nuestras familias, a nuestros hijos, para que este proyecto haya podido levantarse. No ha sido sencillo. Trabajar con las ideas de la gente, con gente importante y personalidad abrupta, no es nada fácil. Es una tarea extenuante, pero que vale la pena, en especial cuando uno entiende el progreso y la estabilidad económica que le entrega a su ciudad. Si bien es cierto, lo económico es importante, lo verdaderamente trascendental es lo que obtenemos del aporte económico en nuestras vidas. Nosotros, los empresarios, tenemos una formación, una herencia, una motivación familiar. No sólo monetaria, no sólo material. Hay una tradición y una historia que no podemos echarnos al bolsillo. De eso, algunos, estamos conscientes.

La historia vale y cuenta cuando se vive, no sólo cuando se lee o escucha. Por eso que recordar cuando comenzó todo apenas es un hecho del pasado. En mi caso, es más bien un hecho del presente, porque fui parte de la construcción y el desarrollo de esta

historia. No quiero entrar en detalles, pero quiero comentarles un poco sobre algunos datos que no todos manejan.

La Sociedad del Lino se constituyó en la Unión con una inversión de 300.000 pesos. Si mal no recuerdo, todos creían que sería muy poco dinero. Algunos, pensaban que no iba a ser suficiente para hacer andar la sociedad. Pero como siempre don Augusto Grob y don Juan Fischer, tenían fe y confianza que, a pesar del riesgo, todo marcharía bien. Ahora que lo pienso, es bastante irrelevante esta información. La historia, al menos la historia de esta fábrica, no debería resumirse, no debería contarse, en base a números, estadísticas, dinero. Algo importante, claro está, pero no debiera ser el centro. A eso me refiero.



La historia debiera ser contada desde las bases, desde abajo, desde el conflicto de sus propios protagonistas. Si mi madre leyera mis palabras, mis pensamientos, diría que exagero, que no debería ser tan analítico. Puede que tenga razón. A lo que voy simplemente es a que una historia basada en datos numéricos no debiera ser contada. Los números, el dinero, o más bien lo que los números y el dinero producen, está a la vista de todos. El progreso y el desarrollo cualquier mortal lo puede ver con sus ojos. Por lo mismo hoy, sólo basta con mirar las instalaciones y a todo el personal que trabaja aquí. Todo ha seguido un curso normal de desarrollo y ampliación en todos los ámbitos. Pensemos que La Sociedad, en una primera etapa se dedicó a la explotación de la fábrica de desfibrilación de paja de lino de la ciudad de Río Negro. Luego se amplió esta actividad y se abrieron fábricas similares en las ciudades de Purranque y Casma. Etc, etc. Hasta que en 1940 se creó la Hilandería de Lino en la Unión con la que se logró independizar al país de las importaciones de hilados e hilos de lino. Un gran aporte, una gran noticia.

Sí, es verdad, para aquel entonces nadie lo hubiera creído: Chile un país independiente en asuntos de hilos. Un gran paso a la industrialización, sin duda alguna. Una ciudad industrial. Ese era el sueño de don Augusto Grob. Debió haber vivido un par de años más para ver los alcances de su trabajo. Una ciudad con

trabajo, con familias satisfechas, con gente pensando en progresar en todo ámbito de la vida. Educacional, laboral, personal. Un pueblo diferente, gracias a la visión de un hombre. Bueno, siempre hay desacuerdos, conflictos. Trabajadores que quieren un poco más, o que se quejan y reclaman. Algunas quejas son justificables. Pero no podemos hacer milagros. Hay que ir paso por paso. De seguro que en unos años más estaremos en condiciones de pagar mejores sueldos. Qué duda cabe. Más allá de esos y otros “asuntitos” como los llamaba el señor Juan Fischer, hoy por hoy todo va viento en popa. Hay muchos planes, muchos proyectos. Uno de ellos es no sólo trabajar el lino, sino que subdividir la industria en tejeduría, tintorería, estampería, ventas y embalaje. También hay planes para crear comedores para los trabajadores y una sala cuna para las madres que trabajen aquí.



También hay deseos de construir un una cancha de futbol, de básquetbol y una pista atlética para los trabajadores, para realizar deporte, recreación o simplemente para la distracción de los operarios. Grandes ideas, grandes proyectos. Sin duda esto no es azaroso. Hay una visión de empresa detrás. Queremos a nuestros trabajadores lo más cómodos posible para que puedan producir más y mejor. No hay otra fórmula para el éxito de una empresa. Si tienes a tus trabajadores contentos, la empresa crece y se expande.

No exagero si digo que la fábrica de lino era una empresa única. Los unioninos lo saben y se dan cuenta. La fábrica es un ícono de la ciudad, la representa. La Unión podría perder cualquier otra fábrica, pero si pierde el lino, la ciudad se transforma, dejaría de ser La Unión. Es un elemento que aparece en las historias de la gente, las escuelas, los libros. No es algo menor. Esto significa que la idea inicial de este proyecto ha dado sus frutos. La gente lo reconoce, se siente orgullosa de ser parte de esta industria. Es un orgullo para La Unión, un orgullo para el país. Porque más allá de lo económico, la gente tiene trabajo, se siente contenta y sus familias pueden disfrutar. Eso nadie lo puede negar. Y es necesario recordarlo, siempre tenerlo en cuenta.

Pero bueno, el tiempo apremia. Por de pronto, tengo que ir a ver a algunas autoridades que aún no saludo, a ver cómo va todo en la cocina del Club

Alemán para la cena de la noche, y si todo está listo para empezar la inauguración: micrófonos, discursos, discursos y más discursos. Espero todo salga como está planeado. Espero no me compliquen los nervios. Creo estar preparado para lo que viene. Por ahora, sólo quiero pensar en mi madre. Cómo me gustaría que ella pudiera estar aquí. Como me gustaría escuchar, Julito, me siento tan orgullosa de ti, me siento tan contenta de ser tu madre. Sólo espero que las autoridades y este país entero se lleven una buena impresión de lo que hacemos en el sur de Chile. Sólo quiero que este país se desarrolle e independice, se estabilice y pueda crecer. Espero mi madre me ayude en esta aventura. Esperemos que sí.



Señor Vogel

*Recibimiento al Alcalde Vogel de su viaje a Francia
16 de Noviembre de 1957*

El señor Vogel apenas ha bajado del tren y la multitud ya ha estallado en gritos, aplausos y llantos. La multitud con suerte lo deja moverse, saludar, acaso



recoge y él se los vuelve a poner con la cara llena de risa para continuar saludando al que requiera su beso o apretón de manos.

La ciudad de La Unión se ha desbordado. Raras son las ocasiones en que se puede ver a la ciudad convertida en una algarabía, en un montón de gente expectante y alegre. Y todo esto por un hombre, por un personaje insigne de estas tierras. No se puede pedir menos a un señor connotado. *“Pensar que Vogel viene de Francia, me da una cosquilla en el estómago”*, se escucha decir a un hombre. *“Quién como él, que gracias a su inteligencia puede viajar tan lejos”*, comenta una mujer. *“Para nosotros, que de inteligencia estamos escasos, sólo nos queda ver, saludar y aplaudir. No me quejo, mucho menos me avergüenzo. Yo soy un hombre común y corriente,*

para bien o para mal”, responde su acompañante. La gente no deja de hablar del ilustre hombre.

Cerca de la boletería de la estación una señora se acerca a un joven y le comenta: *“Vogel se ‘lució’ en Francia”*. Según ella, una vez terminado el congreso de alcaldes, Vogel fue invitado a participar de cuatro congresos en el Palacio de Versalles. *“¡Dios mío! ¡Del Palacio de Versalles! Yo sólo he visto ese palacio en las fotos de los libros de historia”*, el joven le responde enfático. Y se queda pensando que cuando ha visto las fotos siempre se recuerda de un libro de cuentos que su mamá le leía desde niño. Supone que existe una relación entre el palacio y el libro que aún no descubre. *“Sin duda debe ser hermoso estar ahí”*, termina comentándole a la señora.

Pero la señora continúa y le cuenta que al empezar Vogel su discurso, de inmediato comprendió que estaba siendo mal traducido. Entonces, para sorpresa de todos los presentes y con naturalidad, le pidió al intérprete que se sentara y él, como si hubiera nacido en aquella parte del mundo, comenzó a hablar en un perfecto francés. *“Todos quedaron maravillados”*, dijo la señora. *“No es para menos”*, respondió el joven. *“Al día siguiente los periódicos comentaban su discurso y su hazaña con la mejor de las intenciones”*, continuó la mujer. La señora entusiasmada le dijo que Vogel debería ser el nuevo Carlos Ibáñez del Campo. Él confirmó con un



movimiento de cabeza. Puede que sea una locura pensar algo así, pero quién sabe, quién puede saber qué pasará con la vida política del alcalde ahora en adelante. *“Un tipo con personalidad, prestancia y talento, al menos, que no quepa la menor duda, será recordado por la historia y la gente”*, finalizó el joven.

Ahora Vogel se sube al carro de bomberos. Se ve grande y fuerte, con confianza. Moretti lo recibe con la mejor de las sonrisas y se dan un fuerte apretón de manos. Con Vogel arriba, y con su mano alzada sosteniendo firme su bastón, sigue saludando emotivo. En ningún momento permite que la gente se quede sin su cariño y gratitud.

La multitud comienza a moverse, a caminar lentamente, detrás del carro, al son de la banda de bomberos que entona marchas alemanas. La música se mezcla con el sonido de los vehículos, los gritos y los aplausos. *“No puedo más que decir que me enorgullece ser parte de esta multitud que recibe entusiasmada a esta personalidad mundial, a este alcalde que ha sabido dar realce a este pueblo”*, se escucha decir a un hombre de edad indeterminada. No es un mero alago. Todos, al menos hoy, reconocen el valor e importancia de Vogel, el alcalde.

Todos han llegado al cuartel de bomberos que está lleno de mesas de comida. La gente no lo puede creer, cuando por un alto parlante, y después de que Vogel, da un discurso, agradeciendo la muestra de cariño y dando a conocer el fin político de su viaje, se les dice que todos pueden pasar a servirse “moderadamente” a la mesa, lo que quieran. Con



sorpresa y alegría se acercan y preparan para comer, mientras Vogel, conversa, abraza y saluda al que se le cruza por delante. Se toma fotografías con gente importante, en tanto comenta, con una sonrisa que lo caracteriza, los pormenores de su estadía por Europa.

En la mesa, la señora y el joven que entablaron conversación en la estación se vuelven a encontrar. Con naturalidad, y sin perder mucho tiempo la señora se acerca a él y lo saluda y pregunta cómo lo está pasando. Sin más el joven le responde que bien y empiezan a conversar. Mientras todos alrededor de las mesas no hacen más que hablar de que Vogel debería ser nombrado embajador, persona ilustre, o presidente de la república, la señora, como si supiera que esperaba saber más sobre aquel alcalde, empieza a contarle anécdota tras anécdota de su viaje a Francia, de su señora que lo cuidó del reumatismo en su estancia en Europa, de su dominio de varios idiomas, y de su manía de improvisar todos los discursos que daba. El joven está fascinado con tanta historia. *“Me imagino al señor Vogel por las calles de París, acompañado de gente importante, de gente con buenas intenciones para nuestra ciudad”*, le dijo el joven con la cara sonriente. Pero le inquieta el conocimiento que esta señora tiene y le pregunta de dónde sabe ella tantas cosas. Y le responde, simplemente, que de los diarios y de la gente del pueblo que no deja de comentar las hazañas del señor alcalde. Entonces ella

le dice, repitiendo lo que me ha comentado en la estación: *“Vogel estaba destinado, sino a la presidencia, a la embajada”*.

Pero cuando la señora deja de hablar y pierde su mirada en la figura del alcalde, un hombre de traje y sombrero se acerca a la mesa y en tanto toma un trozo de kuchen de manzana, comenta que sólo la condición provinciana que tienen los unioninos puede hacer de un evento tan insignificante, un hecho extraordinario. La señora que en ese momento masticaba un pedazo de pan, lo mira con extrañeza y le pregunta si acaso tiene algún reproche con lo que está viendo. Él le dice que no, pero que a pesar de ser un evento público, no sabe por qué ha tenido tanto revuelo, que no entiende el alboroto de la gente por la simple ida al extranjero del alcalde. Entonces la señora comienza a explicarle que el viaje fue un viaje fraternal, de negocios, de estrechar vínculos con los europeos, *“algo que La Unión necesita”*, concluyó. Pero el hombre no se deja convencer y sólo le dice que, si bien lo que expone es cierto: *“los unioninos estamos acostumbrados a alardear de lo que pasa en ciudad”*. Él joven que está muy cerca de él lo mira extrañado, y se pone a pensar en que quizá, en esto último, tenga razón. Él joven se había animado a hacerle una pregunta, pero al momento en que intentó abrir la boca, el hombre sacó su sombrero, se despidió amablemente y desapareció entre la multitud.

Después de que el hombre se va, la señora le dice al joven que siempre va a ver gente extraña y desconforme. Él le dice que sí, en tanto, sigue comiendo y buscando al señor Vogel con la mirada.

Sin darse cuenta el tiempo se les ha pasado rápido. El señor Vogel da un último discurso, la gente aplaude eufórica y él comienza a despedirse. La gente empieza a retirarse. La señora se despide del joven. Él lo hace de ella. El elogiado alcalde se dispone a subir a un auto lujoso. Asesores lo ayudan y un par de hombres se suben con él. La gente lo aclama. La gente lo celebra. Es un triunfo, quiéranlo o no, para una ciudad entera. Al terminar de comer los bomberos se disponen a guardar sus carros y sus instrumentos. Ellos, la multitud, poco a poco se van moviendo en dirección a sus hogares.



Correspondencia

*El terremoto en Trumao
07 de Junio de 1960*

Querida hermana:

Te escribo esta carta para contarte cómo van las cosas en el sur de Chile. Como debes imaginar, ya nada es como antes. Y esto no lo digo con un afán de exagerar. Lo digo porque es la verdad.

Estoy a escasos días de cumplir cincuenta años, de seguro lo recuerdas. Pero este cumpleaños no será como los anteriores. La verdad, no hay mucho que celebrar, y si lo hubiera, no existe lugar donde hacerlo. Es fácil de imaginar. Todo el mundo ya está enterado que en Trumao se perdió todo lo que había, todo lo que quedaba en pie ha sido destruido por la fuerza de la naturaleza.

He leído en el diario que este terremoto es el mayor sismo en la historia de la humanidad. Hay muchos muertos, mucha destrucción, mucha incertidumbre. No sé qué ira a pasar de ahora en adelante. Por de pronto, con Marcia y los niños, estamos en un albergue cerca de la municipalidad de la Unión. Nos han tratado bien. Tenemos techo y comida caliente, pero nos han dicho que se tardará mucho en reconstruir nuestra localidad, y que, como empecé diciéndote, nada será igual. La gente aquí es muy amable. Hay muchos niños pequeños. Algunos huérfanos, lamentablemente. Creo que debe haber unas cien personas. Todos nos ayudamos, todos cooperamos en darnos ánimo. Es lo único que nos queda aquí en el albergue, luchar para no perder la esperanza.

Raulito, hace un par de días me preguntó cómo iba a hacer todo desde ahora. Yo no supe qué contestar. No quería alarmarlo, porque él es un niño tímido y asustadizo. Preferí contarle cómo era Trumao antes de que el naciera, cuando yo era un niño. Tú

debes recordar cómo era el puerto cuando éramos niños ¿Recuerdas cuando jugábamos en la orilla del río? ¿Cuándo hacíamos barquitos de papel y dejábamos que la corriente se los llevara río abajo?

No es que quiera ser nostálgico, pero ¿Quién no puede llenarse de pena después de haber vivido una tragedia como esta? No hay palabras para expresar el sufrimiento. Sólo los recuerdos, las imágenes del pasado pueden ayudarnos.



acabamos de perder. *Hay dos niñitos que juegan a mi alrededor. Me desconcentran. No me dejan escribir. Pensé en ahuyentarlos, pero he preferido dejarlos divertirse.* ¿Te acuerdas cuando íbamos a dejar los granos donde los Aguerre para pedir créditos? Y Nos hacían préstamos de dinero ¿Recuerdas? Cuando íbamos con los papás a que nos prestaran dinero para venir a La Unión, o cuando el papá se quedaba sin plata a fin de mes. Al final siempre la plata salía de esas casas francesas. Parece que estoy viendo a los vecinos después de la cosecha, con sus ropas gastadas, sus caras tristes pero alegres a la vez. Recuerdo viéndolos llegar con sus sacos de arvejas, trigo o papas a pagar sus deudas. *Uno de los niñitos se acaba de caer. Tropezó y se ha roto un dedo. Le sangra. Su hermana mayor corre a ayudarlo. No deja de llorar. Me desconcentra.* Pero quiero seguir escribiendo. No quiero detenerme. Nuestra localidad era maravillosa. Un ejemplo. ¿Lo crees así? ¿Recuerdas la escuela y la cancha de fútbol? Después de clases todos pasábamos a jugar a la pelota. Llegábamos embarrados a la casa y la mamá nos retaba o nos pegaba. ¿Tienes esas imágenes, al igual que yo en tu cabeza? ... sí, había vida, pasaban cosas, nuestra existencia se desarrolló ahí. *Veo todo el albergue. Los hombres tomando mate, las mujeres cocinando pan, los niños jugando, los cuidadores, preocupados de nosotros, de que todo funcione, de que todo vaya bien. El niñito que se cayó*

ya ha dejado de llorar y ha vuelto a correr, ha vuelto a jugar. La sangre en el dedo era sólo un rasguño. En fin. Así era en la época dorada, en el auge del puerto. Y nosotros crecimos allí, nosotros hicimos nuestra vida ahí.

Nuestra niñez no fue más que ir a la escuela y divertirnos con los juegos más ingenuos. ¿Recuerdas que jugábamos con nuestros primos en la línea del tren y poníamos piedras para que cuando el tren pasara las reventara? Pero sin saberlo, esta línea férrea, que nos sirvió para divertirnos y pasar tardes inolvidables, traía consigo un cambio. Acuérdate, todos nos empezamos a dar cuenta, ya los vapores no eran tantos. Todo empezó a funcionar con mayor lentitud.

Hay un grupo de hombres que tocan una guitarra y cantan. No se entiende muy bien lo que



dicen, pero la canción no parece triste. Más bien es divertida. Sin duda han entendido que es mejor distraerse y olvidar que estar pensando en el mañana. Y después la crisis que nos afectó a todos, porque el resto del mundo dejó de comprar. Eso fue como el 30, y Trumao empezó a atraer su tragedia y desgracia, por el río y por los rieles, cada vez más vacíos. Eso andaba contando el Iroumé años atrás. En ese tiempo la gente del pueblo no podía vender sus cosas y los ricos no podían importar. Esa fue la señal de que nuestro puerto empezaba a enfermarse. No sé si todos nos enfermamos con él. Creo que no. Muchos seguimos haciendo nuestra vida en estas tierras. Mucho más difícil, quizá, pero en el fondo, igual de gratificante. Eso nadie lo puede negar. Somos gente de esfuerzo, acostumbradas al sacrificio y a ganarnos la vida con sudor.

Hace unos días le comentaba esto mismo a un grupo de personas. Y me preguntaban por qué sabía tanto, si sólo era un agricultor. Yo les dije que lo era, pero no por eso iba a pasar por ignorante y no iba a saber lo que pasaba en mi mismo pueblo. Si bien es cierto, no terminé la escuela, sí se escribir. Tú lo sabes. Para eso hay que leer harto no más. Por lo demás me han dicho que no lo hago mal. No es falsa humildad, es sólo la verdad, lo que es y punto.

El terremoto ha sido devastador. Se terminó de llevar las pocas casas y almacenes de los franceses que

estaban a la orilla del río. Antes de eso ya había desaparecido el correo y el banco. El terremoto ha venido a enterrar nuestra historia. Todo esto es muy triste.

Un día después del terremoto vino la barcaza Isaza a rescatar gente y a prestar ayuda. No sé cómo pudo pasar sin problemas la barra del Río Bueno. ¿Te acuerdas de los naufragios? ¿De los pedazos de fierro que se asomaban con la marea baja? Pechera me contó que todos esos restos quedaron enterrados.

Supongo que sí, que aún guardas en tu memoria estas cosas. En el fondo, sólo quiero que sepas que toda esta tragedia no ha hecho más que activar mis recuerdos. No hago más que pensar en Trumao, en su gente descargando los barcos, las carretas cruzando las calles polvorientas, los niños comiendo en el puerto,



mientras sus padres compran, conversan, ríen, el olor que el muelle expelía minutos antes de amanecer...

De seguro que es normal que la nostalgia aparezca después de un acontecimiento como este. Sin duda es la incertidumbre de lo que pasará a partir de ahora la que me tiene sumido en esta pena. Nadie quería que Trumao desapareciera.

Sólo espero que te encuentres bien al otro lado de la cordillera. Espero que mis sobrinos estén bien, sanos y creciendo perfectamente. Trata de responderme cuanto antes. Tus sobrinos siempre preguntan por “su tía”, me dicen que te quieren de vuelta, aunque sea por unos días. Ahora es difícil venir, claro está. Sólo quiero que todo esto termine pronto y podamos hacer nuestra vida tal y como era antes.

Espero que la carta llegue rápido a tus manos.

Te quiere Pedro, tu hermano menor.



El viaje

*Viaje a Corral de las autoridades unioninas
1962*

La caravana se divisaba a lo lejos. En medio del camino de piedras y polvo, se veían los caballos que traían a las autoridades. La comitiva la componía un grupo de varios hombres y una mujer, que a la distancia, no se distinguía como tal. No se podía saber a ciencia cierta si era dama o varón, dado que en ese

entonces ver a una mujer en ese cargo era una cosa rara. Sólo los que la conocían podían dar fe de su feminidad. Cosa extraña. Cosa anecdótica.

Corral es un pueblo lacustre. Rodeado por imponentes cerros, a la vez que inmerso entre una bahía y la desembocadura de un río, este sector se ha constituido como un puerto de vital importancia estratégica. Tan cerca de Valdivia como tan lejos de esta ciudad, los corralinos se han visto envueltos en una serie de inconvenientes con las autoridades de la zona. Son cuestiones políticas las que los distancian. Más bien, cuestiones de despreocupación y de no tomarlos en cuenta, de dejarlos abandonados, separándolos de la urbe, “a-corral-ándolos”, curiosamente, sin prestar atención a lo que esto significaba.

Pero los habitantes de corral no se quedaron de brazos cruzados. Tenían que hacerse cargo de su situación, de su aislamiento. No tenían opción. Entonces, dijeron: “qué mejor que ayudarnos del poder e influencia de la señora Olga Boettcher”. Sin duda, esta mujer poseía el elemento político, el elemento de fuerza que les permitiría salir de la crisis. Más allá de la belleza interior que algunos le asignaban, esta mujer tenía una pujanza política y una fuerza al hablar que no dejaba indiferente a nadie. De personalidad fuerte, pero a la vez de una bondad y preocupación por la gente, la señora Boettcher se

perfilaba como un político de alto temple, popular y carismático. Su historial de actividades gubernamentales era poco común para una mujer como ella. Por eso los corralinos la necesitaban, por eso ellos acudieron a su influencia.

Con su presencia en la zona, los líderes políticos de corral querían anexarse a la comuna de La Unión, puesto que Valdivia no se hacía cargo, política y económicamente, del puerto. La idea era llamar a la gobernadora Boettcher y manifestarle el deseo de ser parte de su comuna, con la finalidad de que Valdivia creyera darlos por perdidos y empezara a preocuparse por ellos. Y eso fue lo que ocurrió.

Eso no se tiene que mal entender. Los corralinos no hicieron esto con mala intención. Quizá



se vea un plan acabado y calculador. Por cierto que lo es. Sin embargo, fue sólo una táctica, una estrategia política.

El día de su llegada tenían todo dispuesto. En el fondo no hubo ingenuidad en su recibimiento. Fue una cuestión afectiva y muy real. El viaje le había tomado cerca de un día, del cual, dieciocho horas lo había hecho cabalgando. Esto significó un desgaste enorme y una aventura sin precedentes. En varias ocasiones la señora Olga estuvo a punto de caerse del caballo, casi contrajo un resfrío y uno de sus acompañantes no aguantó el viaje y se desmayó. Nadie negó que fuera una aventura de aquellas. Antes de esto, sólo se rumoreaba que la gobernadora era una mujer “a caballo”. No todos lo creían posible. Porque muchos la conocían, sabían de su influencia y popularidad y no se imaginaban que fuera capaz de tanto. Pero todos se sorprendieron al verla llegar montada en un caballo café que galopaba, con cierto aire de majestuosidad. La gobernadora era una mujer que daba que hablar.

En mitad del trayecto los estaba esperando una comitiva corralina. Después de saludarles y darles de comer y beber, les dejaron pasar, anunciándoles que en el puerto los esperaba una gran muchedumbre. Poco antes de llegar, los recibió una banda de boy scouts. Estaban correctamente vestidos, y tocaban una música especial. Era niños, que al son de sus flautas y tambores daban honor y realce a la ilustre visita. Al

llegar al puerto, la recepción fue completa. La gente, desde trabajadores y pescadores, hasta empresarios y políticos, fueron al encuentro de la gobernadora, que al bajarse del caballo, tuvo que, casi por requerimiento de la multitud, dar un discurso. También había dos barcos anclados en la bahía, que a la llegada de la comitiva, y al unísono, empezaron a hacer sonar sus bocinas. El pueblo, con pañuelos blancos y banderas, gritaba “La Unión y Corral”, de forma unánime, sin descanso. Esta actitud no hacía más que darle gloria a una mujer importante.

En la cena de gala los discursos fueron efusivos y halagadores. Cada autoridad o pueblerino que hizo uso de la palabra, lo hizo para agradecer la visita de la señora Boettcher y pronosticar el buen trabajo en conjunto de La Unión y Corral. Nada de esto estaba planeado con antelación. Los discursos se dijeron de forma honesta y seria. No todos los dirigentes y las autoridades estaban al tanto de la estrategia de los líderes comunales. Esa era la idea, era su ventaja. En definitiva, la cena se concentró en suponer y planificar el anexo del puerto de Corral a la comuna de La Unión.

La gobernadora se mostró alegre y complacida. En ningún momento su personalidad fuerte y temeraria floreció. Ella sabía hacer política, hacer diplomacia. Su talento con las palabras fue evidente y visto por todos. ¿Qué más se podía esperar de una chilena-alemana? Su

cargo de gobernadora no era producto de tener conocidos, de tener contactos. Era por una cuestión de talento para las palabras, talento para la oratoria, talento para la argumentación. El discurso que dio en mitad de la comida reflejó su talento para hacer política y buscar los acuerdos. Todos quedaron conformes, ella y nosotros.



La cena terminó y al día siguiente la comitiva volvió a su ciudad. La estrategia había resultado como los corralinos esperaban. Un par de días más tarde, los valdivianos ya estaban enterados de la visita de la señora Boettcher; semanas después la gente del puerto tenían a las autoridades valdivianas hablando con ellos, prometiéndoles apoyo y ayuda económica, política y social. Ellos, los corralinos, les exigieron que actuaran rápido, no sólo que hablaran y prometieran tomarlos en cuenta. Y eso hicieron. Sus promesas, poco a poco se fueron haciendo realidad.

Pero las autoridades unioninas captaron la jugada. Al tiempo, los líderes de Corral, recibieron una carta del Alcalde de La Unión, preguntando por qué no los habían vuelto a contactar. Los corralinos nunca supieron cómo las autoridades de La Unión se enteraron. Algunos creen que lo temían desde un comienzo, otros, que uno de ellos, uno de los dirigentes o las autoridades, les contó. Pero supieron que Teófilo Grob, el alcalde, y la señora Olga Boettcher, no se tomaron tan mal el asunto. Entendieron que era una estrategia política legítima, y que por lo demás había tenido buenos resultados. Los corralinos empezaron a ser tomados en cuenta por Valdivia y pasaron a ser un puerto con una importancia real para la zona. Por otra parte, el viaje a Corral no fue en vano para la gobernadora. Su popularidad creció, especialmente por la travesía a caballo, e instauró una

excelente ruta vial para llegar de La Unión a Corral. Sin duda, si se mira todo con el prisma de la política, se puede obtener ganancias hasta de las adversidades, hasta de las derrotas. Y así fue, ambos grupos sacaron provecho del viaje. No fue aprovechamiento político, fue una táctica, una estrategia para conseguir un objetivo claro y sencillo: tener la misma importancia, como puerto, como lugar estratégico, de antaño. Algo que les fue dado por la intervención de Olga Boettcher. Qué duda cabe, la única mujer con un poder incalculable dentro de la política chilena.



Días de Fiesta

*Fiesta de la Primavera
24 de Octubre de 1976*

Cómo no recordar el día en que salí con Manuel, el primero, y también el último. Yo acababa de cumplir dieciséis años y poco a poco comenzaba a salir de un cascarón, un cascarón que alguien había estado construyendo tan tierna y esmeradamente por alrededor de 5840 días. Algunos me decían: no lo

rompas, no salgas, no queremos que te asustes o te hagas daño. Pero como es normal, tuve que romperlo, salir y vivir. No me quedaba de otra. A todos nos pasa, sólo cambia la forma, el lugar y las personas.

El liceo fue una especie de cascarón. Estando en él todo parecía seguro, todo, incluso las cosas malas. Podías sentir la seguridad en las salas, en los pasillos, en las actividades que realizábamos, dentro o fuera del establecimiento. Semana del liceo, semana unionina, fiesta de la primavera, eran las tres actividades de gran revuelo y difusión por ese entonces. Eran las acciones que nos mantenían unidos, protegidos, a salvo.

La fiesta de la primavera era la que más nos motivaba. Era una fiesta en donde participaba todo el pueblo, diferentes organizaciones escolares, la municipalidad y nosotros, el liceo, que siempre tuvo una participación relevante. Si mal no recuerdo, entre todas las demás actividades que teníamos que realizar, ayudar a limpiar y a ordenar una vez terminada la fiesta, se convirtió en un ritual del que no podíamos escapar. Los papeles, los envases de alimentos y bebidas, los restos de comida, basura en general, abundaban por el liceo, la plaza, el gimnasio. Nosotros, de forma voluntaria ayudábamos a deshacernos de estos residuos, uno tras otro. Era una tarea extenuante, pero la hacíamos sin reclamar.



Es cosa de recordar estos momentos y todo aparece con nitidez. Eran tiempos en donde el cascarón aún no se había roto, aún no lo habíamos trizado para comenzar a mirar al exterior y querer salir. Eran días en donde una celebración como la fiesta de la primavera nos entregaba un ánimo y pasión hoy extinto, lejano, inalcanzable.

Y en todo esto también encaja Manuel.

La primera vez que nos juntamos fue después de terminada la fiesta de ese año, cuando estábamos en tercero medio. Había sido un día extenuante. Habíamos trabajado durante semanas para que la fiesta fuera mejor que la del año anterior. Carros alegóricos, orquestas musicales y un espectáculo de música, danza

y teatro, nos tuvieron de cabeza trabajando, dentro y fuera de clases. Para esa fecha, todo el liceo se transformaba. Había un ambiente festivo. Hasta los profesores participaban. En un comienzo no lo hacían, pero al parecer, nuestro ánimo y motivación los contagió. Y todos, reunidos en grupos, trabajábamos en cada una de las actividades que teníamos asignadas. Unos armaban los carros, otros pintaban la escenografía, otros ensayaban, otros programaban el desfile, otros se preocupaban de la comida, etc. Todos teníamos una participación, visible o no, importante dentro del festival, o no. Existía fuerza, garra, ánimo de recibir la nueva estación del año.

Él me estaba esperando en la pileta. Cuando me senté, después de haberlo saludado, me preguntó si sabía que la pileta la habían traído desde Perú finalizada la Guerra del Pacífico, en calidad de botín de guerra. Le dije que no, que no lo sabía. Él me dijo, que no era oficial, pero se lo había escuchado decir a su abuelo. No recuerdo qué le comenté, pero creo que no le di mucha importancia. Estuve más interesada en comentar la fiesta. Después de comentar la actividad, de reírnos un poco, él me dijo que sospechaba que iba a ser una de las últimas celebraciones. Yo le pregunté por qué, y Manuel, sacando un cigarro de su pantalón, me dijo que se lo comentó un profesor. Que corría el rumor de que había gente que estaba cansada de asumir toda la responsabilidad, los gastos, y todo ese

tipo de cosas. Que no se valoraba realmente el trabajo. Que había personas que sólo sacaban provecho político de la actividad. Yo supuse que podía ser cierto. Pero le dije que existía unidad y ganas de trabajar de parte de todos. Que no veía el descontento. Él me dijo que el descontento no estaba en los estudiantes, sino que en los adultos, en los profesores y la gente mayor. Yo le dije que era sólo un supuesto. Pero él se rio, cambió el tema y me dijo que diéramos una vuelta.

Eso hicimos. Mientras caminábamos yo lo miraba de reojo. Él, al parecer, no se daba cuenta. Los hombres siempre han sido extraños. Yo me moría de ganas de tomarle la mano, de abrazarlo, de darle un beso. Pero me aguantaba. No quería presionarlo. Era



mal visto que una señorita diera el primer paso, entregara su amor primero que el hombre. Una estupidez de épocas pasadas, ahora que lo pienso. Pero seguimos caminando, recordando las anécdotas del festival de música con que había finalizado el espectáculo.

Eran cerca de las nueve de la noche. Acababa de oscurecer. La gente poco a poco empezaba a desaparecer de la plaza y en la pileta se ubicó una pareja de perros que empezó a jugar con el agua. Los negocios empezaron a cerrar y los faroles y las luces dentro de las casas empezaron a alumbrar las calles. La noche anterior había llovido, por lo que aún había rastros de humedad en el pasto y en las calles. La Unión, por esos días, era un pueblo emergente, sumido en la ruralidad, que sin embargo, tenía gran actividad industrial y comercial. Lo recuerdo bien. Parece que lo estoy viendo. La ciudad, sus industrias, sus calles de tierra aún, sus campos, su gente, su cultura. Una ciudad para nacer, vivir y morir ahí. Nada más.

Entonces, nos sentamos en uno de los bancos de la plaza y nos divertimos viendo, ya de noche, a los perros jugar en la pileta. Se mojaban, ladraban, se molestaban. Parecían unos niños jugando minutos antes de ser llamados por sus padres para ir a cenar. Estábamos en eso, cuando Manuel me dijo que le parecía extraño que en La Unión hubiera dos fiestas grandes, la Semana Unionina y la Fiesta de la

primavera. Yo le dije que era común. Que todos los pueblos, al menos en el sur, celebraban su aniversario y una u otra fiesta típica. Pero él me contestó que no se refería a eso, que eso era obvio y estaba bien. Sino a que le daba la impresión que La Unión era un pueblo que celebraba cuando no había que celebrar. Entonces entendí a lo que se refería. Pero no intervine y lo dejé seguir. Me dijo entonces, que La Unión debería estar de duelo por lo que estaba pasando en el país. Que estaban matando gente, estaba desapareciendo gente, y nadie decía nada, nadie hablaba de lo que realmente estaba pasando. Que el clima de unión y fraternidad que se veía en la Fiesta de la Primavera, era una mera ilusión. Que el país estaba en guerra y nadie se daba cuenta, o nadie lo quería reconocer. Yo le dije que tenía razón. Pero debía mirar las cosas de otro modo. Que él estaba en el sur, en La Unión, donde no había pasado gran cosa. Estaba bien, su familia también, estaba estudiando, podía crecer, si se lo proponía. Le dije también que debía estar agradecido por una actividad como la Fiesta de la Primavera. Donde todos los estudiantes nos juntábamos y organizábamos una actividad con mucho compromiso para la comunidad. Que debería sentirse un privilegiado de poder participar en un proyecto festivo, en donde todos trabajan unidos, en donde, si lo quería, se podía olvidar la desgracia. Pero él me dijo que era de cobardes olvidar la desgracia y lo que estaba pasando en el país.

Yo cambié el tema, pero su rostro ya se había consumido por la pena, la rabia, la nostalgia.

En silencio le di la razón pero era tarde. Sacó otro cigarro y me dijo que al pasar el tiempo todo iba a ser diferente. Yo le pregunté a qué se refería, y me dijo como viendo el futuro, que la Fiesta de la Primavera pronto acabaría, que el ánimo, las ganas de trabajar, y la vida en comunidad, poco a poco iban a ir quedando atrás, que iba a ser diezmada por un nuevo sistema económico y social. Que las cosas nunca volverían a ser como antes. Entonces le pregunté por qué pensaba eso, y me dijo porque estaba informado, porque leía y su abuelo, profesor de historia jubilado, sabía muchas cosas. Yo le dije que debía pensar diferente. Que aún estábamos en el liceo, que había mucho camino por recorrer. Que no se dejara influenciar. Pero me miró



fijo, con unos ojos incendiados por la ira y me dijo que no se dejaba influenciar, que por el contrario, era yo la influenciada y la que no entendía nada. Yo me sentí atacada e incómoda. Entendí que nuestra cita había finalizado. Al instante Manuel se disculpó, pero yo me quería ir a mi casa. Le pedí que me fuera a dejar. Eso hizo. Caminamos en silencio varias cuadras. Cuando estuvimos en la puerta, nos miramos, y él me dijo que lo disculpaba, que nunca más lo volvería a hacer.

Y así fue, nunca más lo hizo, porque nunca más lo volví a ver. Algunos dicen que se fue a Santiago a participar en la resistencia a la Dictadura Militar; otros, que se encerró en su pieza a leer y a escribir y nunca volvió a salir; otros, los menos dramáticos, dicen que se fue a conocer Latinoamérica haciendo auto-stop. Muchas teorías. Mucha especulación. Lo cierto es que el lunes siguiente no fue a clases, nunca más apareció por el liceo, por la ciudad. Yo me arrepentí de no haberle dicho que me gustaba, que quería salir con él, que me encantaba su forma de ser, su inteligencia, todo ese tipo de cosas de las que una se enamora a los dieciséis años. Pero mi formación y mi época me frenaron, no me dejaron hablar. No era bien visto que una señorita se declarara antes que un caballero. De eso se trataba la ingenuidad.

Un par de años más tarde la Fiesta de la Primavera acabó. No hay ánimo, no hay recursos, no hay tiempo, no hay dinero, eran las excusas de los

profesores, de los adultos, justo como había dicho Manuel. Sin duda el tiempo se encargó de darle la razón. También, la sociedad se transformó, para bien o para mal, en una humanidad cada vez más alejada de las costumbres, de la tradición, de la vida en, justamente, sociedad. El final lo predijo Manuel, pero yo lo he visto con mis propios ojos, tiempo después, con los años encima, sentada en una silla, frente a mi ventana, siempre esperando el retorno de los buenos tiempos, de las buenas épocas.



Amplitud Modulada

Oscar Salazar y la radio Concordia

En ocasiones las ganas por hacer mil cosas me exceden. Tocar el bajo, escribir o ser parte de alguna corriente pedagógica, o agrandar y agrandar mi colección de vinilos para que se parezca a la colección que hay en la radio, pero como dije, las ganas me exceden, me sobrepasan, y al hacerlo, me anulan e imposibilitan de llevar a cabo cualquier empresa. No es que sea pusilánime, lo que sucede es que en

ocasiones el trabajo radial me aburre. No tiene que ver con la gente, o con la finalidad de lo que hago. Muy por el contrario, la radio ha sido útil y necesaria en un tiempo tan conflictivo como éste, pero es simple, sólo me aburro. Supongo que tengo el derecho de hacerlo. Cuando he comentado “el caso de mi aburrimiento”, me han preguntado el porqué. Siendo sincero, no lo sé. Supongo que todos nos aburrimos de lo que hacemos en algún momento. Puede ser lo monótono o repetitivo en que se puede llegar a transformar nuestro trabajo, o las ansias de querer emprender nuevos proyectos cada cierto tiempo, o un cambio de planes, de objetivo, de motivación. Qué sé yo. No tengo una respuesta clara, sólo me aburro y ya.

Llegué a la radio por una especie de buena jugada del destino. Por ese tiempo trabajaba repartiendo cartas para el correo de La Unión. No tenía mayor ambición, sólo resistía. Mi meta diaria era tener el dinero suficiente para comer y beber un par de copas. Nada inusual, todo muy convencional. En ese entonces no tenía mujer ni hijos, algo que favorecía mi desgano por trabajar en algo que me diera más dinero, pero mi suerte cambió. Un día de cartas, firmas y dinero, alguien supuso que tenía buena voz, que mi voz era adecuada para ser escuchada por toda la ciudad, que tenía todo el espíritu de un comunicador radial. Al comienzo dudé, porque supuse que un trabajo así iba a demandarme responsabilidad y

compromisos. Yo no soy un hombre con esas cualidades a flor de piel, pero me convencieron y aquí estoy, a varios años de esa, llamémoslo así, anécdota. Si me preguntaran qué se siente estar varias horas al día sentado detrás de un micrófono, no sabría qué responder. Todos suponen que como locutor uno debe tener las respuestas en la punta de la lengua todo el tiempo. No es así. Por lo general uno tiene una increíble capacidad para salir del paso, para improvisar. Eso es lo que nos hace grandes. Esto último no son palabras mías, sino que de un amigo, pero creo que conviene decirlo para no ser autorreferente. Me gustaría no tener que explicar todo lo que digo, quizá subestimo a la gente. A veces sí, otras no. Todos somos sujetos en extremo complejos y difíciles.



Lo de la radio empezó a funcionar. Eran los años en donde los militares se alzaron contra su pueblo y empezaron a poner, según ellos, orden, orden y más orden. Muchos, en un comienzo, creíamos en ese orden, pero al poco andar, nos dimos cuenta de que era un pretexto. ¿Un pretexto para qué? Sin duda es mejor no hablar de ciertas cosas. Creo que así dice una canción de unos argentinos. Me gusta. Es adecuada para evadir, para someter al silencio lo que nos gustaría decir a gritos. Dejémoslo así: fueron años difíciles. Punto. En este contexto la radio fue un regalo, quizá un don de la tecnología. Puede que exagere. Sí, es cierto, pero en el contexto de esta ciudad, no cabe duda que fue un obsequio. Creo no equivocarme, porque la radio empezó a hacer una hoguera, un fuego, una fogata en la playa en donde toda la comunidad empezaba a reunirse, a convivir. Detrás de unos parlantes estaba un padre, una madre, hijos, abuelos, a veces hasta unas mascotas. La radio fue el centro de acción de un nuevo poder, un poder que se proyectaba a las masas, a la muchedumbre, pero no en un sentido negativo, ni de dominación o de control. No. Sino que un sentido de informar genuinamente, de acompañar cordialmente, de establecer vínculos honestamente. Esto es así, nadie lo puede negar. De uno u otro modo, la radio empezó a ser el reflejo de un tipo de sociedad. Una sociedad que quería escuchar, pero no a solas, encerrada en una



pieza, en un baño o en un auto. No, sino que una sociedad que escucha en grupo, en familia. La radio acompañaba y en ocasiones lo hacía desde las primeras horas del día, hasta las últimas horas de la noche. La dueña de casa intercalaba sus programas favoritos con las noticias; el trabajador se acompañaba de la voz de un locutor o la música mientras clavaba o cortaba madera; los feriantes, con sus radios prácticamente al hombro, podían soportar con mejor fortuna la soledad que les significaba estar en medio de una muchedumbre vendiendo sus frutas y verduras. Sí, frutas y verduras que relucían con el sonido de la radio, con la voz de un locutor. La ciudad, digámoslo así, se cobijaba bajo los sonidos de esta nueva

tecnología. A veces, uno pasaba por las calles, calles aún de piedra y polvo, y por una puerta o una ventana se escuchaba la voz de un locutor. En ocasiones, al pasar escuchaba mi propia voz que era transmitida una vez grabada, el día anterior, en la noche. Una experiencia extraña, mi propia voz siendo escuchada por mí mismo, cuando yo no estaba hablando. Fue un suceso similar a cuando empecé a escuchar música desde niño, creía que los músicos estaban tocando dentro del vinilo. Algo que hoy, al recordar, me produce risa.

Buena dicción y posibilidades de improvisar, me dijeron que tenía. Hasta ese momento no lo sabía. Después de un par de días de pruebas ya estaba saliendo por los altoparlantes. En ese entonces yo sólo estaba detrás del micrófono, pero con el tiempo tuve que aprender sobre controles, grabación y ese tipo de cosas. Cuando era sólo locutor todo estaba pauteado, hartas restricciones, todo en orden y bajo control. Entonces los programas empezaron a nacer. En una primera etapa, los programas estaban hechos y yo sólo debía acomodarme a las reglas establecidas, al poco andar, sin embargo, empecé a crear mis propios programas. A los jefes le gustaron mis ideas y empezamos. Uno de los primeros fue “Aquí recordamos”: un programa de tangos, boleros y valeses; “La Mañana”, un programa de actualidad al medio día, que, sea preciso mencionar, era la continuación del

noticiero que entregaba mi popular colega Olga Gatica de ocho a nueve, y “La fiesta en su casa”, el programa que más dio que hablar. El argumento central era que un personaje, que era yo, entraba a una fiesta en una casa determinada e interactuaba con la gente. Básicamente era un monólogo que, acompañado con todo tipo de efectos, reproducía muy bien una fiesta y la interacción con las personas que ahí se encontraban. Fue un programa muy escuchado y comentado. Generó mucha controversia, porque más de alguna persona creyó que todo era real. Una vez, cerca de la pileta de la plaza, una señora me saludó y me preguntó si yo llegaba a las fiestas de improviso o me invitaban antes. Por unos segundos pensé en decirle que me invitaban, que estaba todo arreglado, pero le dije la verdad. Ella abrió sus ojos y dudó, me dijo que no me creía, pero al final la convencí. Se puso a reír de su ingenuidad y se fue.



Tiempo después, un anciano de apellido alemán, que no recuerdo, me hizo un comentario similar. Esa vez no dudé en seguirle el juego y le dije que a veces llegaba de improviso, y otras que ya estaba invitado. Que en algunas ocasiones las personas se habían enojado y hasta una vez me habían pegado un puñete en la cara. El anciano se molestó y empezó a decir toda clases de impropiedades contra la gente que, según él, no tenía sentido del humor y el compañerismo. “Si la radio nos acompaña a todos, permanece junto a nosotros incluso cuando nuestros seres queridos nos han abandonado”, creo que me dijo el hombre, que después se perdió en la esquina de Letelier y Esmeralda. El tiempo de “La fiesta en su casa” fue un tiempo extraño, pero a la vez de mucha gratificación, muchas alegrías, tanto para mí como para los auditores. Es fácil adivinar por qué. Me gustaría seguir contando, seguir recordando, pero creo que es suficiente.

Sí, la radio era compañía, información, cultura. Quizá en qué se transformará en el futuro. Unos dicen que no cambiará, otros especulan que la tecnología aumentará y la radio, al igual que muchos otros artefactos tecnológicos, quedará en el olvido. Esperemos que no suceda. Esperemos que la radio siga acompañando, informando y culturizando. ¿Qué sería de una ciudad como la nuestra en donde la gente ya no se junte en familia a escuchar un programa radial?

¿Qué sería de una ciudad como la nuestra en donde nuevas tecnologías destruyeran el rol social que tiene la radio? ¿Qué pasaría si en el futuro las personas estuvieran bombardeadas por nuevas tecnologías e información y que no quisieran compartir, estar juntas, ser sociales? ¿Qué pasaría si lo que dicen algunos libros de ciencia ficción se hiciera real y nos convirtiéramos en una sociedad alienada, individualista y llena de tecnología informática? Espero no suceda tal cosa. Espero que esto nunca se haga realidad, al menos en esta ciudad. Aunque la radio me aburra un poco, quiero seguir escuchando mi voz o la de otros, por las puertas y las ventanas de las casas cuando paso por las calles; quiero seguir viendo al vendedor de la feria o al carpintero con su radio al hombro haciéndole compañía; quiero seguir sabiendo que la dueña de casa no se siente sola porque yo estoy ahí con ella, por medio de un parlante, por medio del aire y la radio frecuencia. Aunque a veces me aburra, claro está, me aburra y quiera dejarlo todo por algo como ir a repartir cartas, jugar ajedrez o simplemente tomar un café con un par de amigos.



Los coristas

*Festival nacional de Coros en La Unión
23 al 26 de Octubre de 1975*

Me llamo Roberto y soy uno de los tenores del coro polifónico de Santiago.

Hace unos cuantos días que estamos aquí en la ciudad de La Unión en el encuentro internacional de coros. Me gustaría tener el tiempo de escribir todo lo que he vivido estos días. Pero no dispongo de él. Sólo

me gustaría contar algunas cosas que para mí han sido relevantes. No quiero pecar de sentimental, pero esta ciudad es entrañable. No tiene parecidos, al menos, con la capital. No hay edificios, hay casas con techos de lata y cercos de madera. Algo que ya no se ve en Santiago, una ciudad cada vez más convertida en un bosque de cemento. La mayoría de las calles polvorientas, el olor a madera y el tibio aroma a humedad que se siente por las mañanas, es el claro reflejo de que esta ciudad parece haber quedado detenida en el tiempo. La gente se muestra sencilla y apacible. Algo que en Santiago ya se está perdiendo.

Es extraño, pero La Unión me ha traído algunos recuerdos de cuando era niño. No sé por qué. Su plaza, la pileta, el frontis de la municipalidad, alguna de sus calles de tierra, me han hecho recordar el sur de Santiago, el sur de Santiago cuando apenas tenía unos cinco o seis años. No se parece en nada, evidentemente. He aquí lo extraño. Quizá sea el paisaje, el color de los días, la gente que camina en las calles a una velocidad muy lenta, pausada, sin mayor apuro, y te queda mirando y te saluda: “buenos días señor”, “buenas tardes señor”. Es común escuchar el saludo de un desconocido al andar por la ciudad. Quizá influya el hecho de que es mi primera vez en el húmedo sur.

No lo sé. Lo único que sé es que no puedo quejarme.

Por lo demás, el encuentro de coros ha sido de mucho provecho. La organización ha sido evidente. Nada al azar, todo programado. Comitivas, delegaciones.

Todos trabajando en grupo, en equipo. Por ejemplo, al llegar mucha gente estaba esperándonos. No sé si esto estaba organizado o fue espontáneo, pero era algo que al menos yo no esperaba. Y fue necesario sentir el cariño de la gente, porque tuvimos un viaje extenuante y complicado en el último tramo. Porque horas antes de llegar a La Unión, en Pichirropulli, se descarriló el tren. Muchos coralistas entraron en pánico. Mujeres sobre todo. Por un momento pensé que íbamos a morir. Pero afortunadamente no fue algo grave. Todos salimos ilesos. Sólo nos llevamos un buen susto que las personas de La Unión han sabido compensar.



Es curioso lo que puede hacer la música. Nos une, nos da alegrías, nos conmueve. Pero así como nos entrega cosas buenas, también nos da cosas malas. Puede que en estricto rigor no sean malas, sino que sólo algo desagradables. Ahora que lo pienso bien, no creo que la música en sí tenga esas propiedades. Más bien, somos nosotros los que hacemos cosas buenas o malas, en o para la música. No es que sea un criticón de primera, pero hay cosas que no me gustan. Aquí todo ha salido bien y sin duda el encuentro de coros quedará para la posteridad. Pero encuentro inadecuado que, por ejemplo, una corista se haya emborrachado, excusando que no sabía lo que estaba tomando. ¡Pero si se tomaba el vino blanco como si fuera agua! Cómo no iba a saber que tenía alcohol. Ella, la coralista, respondió, a una serie de cuestionamientos diciendo simplemente que en Cochabamba nunca había tomado vino. Bueno, no la juzgo, quién soy yo para hacerlo, pero pucha que se vio feo verla desmayarse en pleno almuerzo. Debería darme risa, como a la mayoría, pero creo que no es apropiado. Menos en una actividad como esta, una actividad internacional.

En fin. Para qué voy a seguir dándole vueltas al asunto. Mal que mal en esta ciudad nos han tratado muy bien. Más de seiscientas personas invitadas y todas bien recibidas, con alojamiento y buena comida. Nadie podría quejarse. Se nota la preocupación que han

tenido para el evento. No pensaba que en el sur existiera tanta calidad. Quizá sólo podríamos cuestionar el lugar donde se ha realizado el evento, un gimnasio sin mayor preparación acústica y gorriones, sí, gorriones. Aunque sea difícil de creer el techo del lugar estaba lleno de estos pajaritos que no encontraron mejor sitio para dar a luz a sus polluelos que las vigas de acero del gimnasio municipal. En un comienzo fueron todo un problema porque uno de los directores se había negado a actuar por semejante interrupción. Porque claro, los gorriones, hacían mucho ruido. Parecía que tenían su propio coro a cuatro voces. Por lo menos las autoridades se preocuparon de espantar a los pájaros y todo continuó con normalidad. Otro punto a favor a los organizadores.



Los días anteriores las presentaciones han sido de mucha calidad. Desde el repertorio clásico al popular, desde lo más conocido a lo más nuevo, se ha podido escuchar con nitidez y profesionalismo. Hay mucho talento en el país. En los directores, los músicos, los cantantes. Esto ha quedado en evidencia en todas las jornadas del encuentro coral. Lo mejor de todo es que la gente y el público, ha quedado muy conforme, muy contenta del trabajo de cada uno de los coros. Es de una satisfacción enorme que las personas encuentren que tu trabajo es de calidad. Las personas de La Unión se han dado cuenta y nos lo han hecho saber. Qué mejor que esto.

Pero lo vuelvo a decir: esta ciudad me ha hecho pensar y recordar harto. Pensar y recordar lo que tengo y no tengo allá en Santiago, lo que me hace falta, lo que nunca podré tener. Creo que me gustaría que todas las ciudades de Chile fueran como esta. Pero es un sueño realmente irrealizable en estos tiempos. Por un lado las ciudades cada vez se están llenando de edificios, reduciendo las áreas verdes a su mínima expresión, y por el otro, pareciera que en muchos países de Latinoamérica los militares, a la fuerza, se han puesto a gobernar. No sé, no quiero quejarme, porque creo que en algo se ha ordenado el país. Las muertes, claro está, no las justifico. Para nada. Espero que en esta ciudad no haya ocurrido nada grave. Esto muy pocos lo saben. De esto no se habla. Y quizá no

se hable nunca. Pero está pasando. A los militares se les ha pasado la mano. Este último tiempo Santiago ha sido un verdadero infierno. En cambio acá, parece que nada ha pasado. Aunque la presencia de militares sonrientes, amables y puntuales a los actos públicos es más notoria que antaño, me han comentado algunas personas de esta ciudad. Sin duda es por lo que ha pasado hace un par de años. Qué duda cabe.

Por de pronto, me quedo con la impresión de que La Unión es una ciudad que no tiene mucho que ver en Chile. Quizá sea por tanto alemán que vive por estos lados. No sé. Siendo sincero, sólo quiero concentrarme en la música. Creo que nuestro coro ha interpretado muy bien, nos hemos destacado. Mal que mal, hemos ensayado muy duro para llegar a este festival. Supongo que ha dado sus frutos el esfuerzo. Nadie lo ha hecho mal.



Obviamente hay coros más capaces que otros, directores más preparados que otros, pero lo importante es que nos hemos reunido para alegrar los oídos de la gente.

Todo este evento quedará en nuestras memorias. Las fotografías nos ayudarán a recordar, al igual que la pequeña escultura de recuerdo que se ha instalado en el frontis de la municipalidad, un libro abierto con la figura de un mapa de Chile. Buen recordatorio para las futuras generaciones. Es de esperar que esta escultura permanezca ahí a pesar del paso del tiempo. Las nuevas generaciones debieran recordar estos días como algo especial, como algo genuino y diferente. La gente debiera enterarse, al caminar por la calle y ver este recordatorio, que algo importante pasó aquí, en esta ciudad, entre sus calles polvorientas, su olor a madera y a humedad.

Está a punto de empezar la última jornada del festival de coros. Sin duda será la más larga y la más nostálgica. Es tiempo de partir, es tiempo de comenzar a cantar. Para eso estamos aquí. La música, a nosotros, los coralistas, nos conmueve, nos llena. Y esa sensación de bienestar, de nostalgia o sublimidad, queremos compartir, queremos entregarle a la gente de esta ciudad. Espero resulte, espero se nos recuerde como los coros que han venido a cantar del amor y la amistad en tiempos no muy gratos, en tiempos difíciles.



Historias de fútbol

*La Unión campeón nacional de fútbol Amateur
23 de Enero de 1983*

El asunto es simple, a mí no me gustaba el fútbol. Hasta los dieciocho años no tenía nada que ver con el deporte popular. No me gustaba el ritual de la caminata al estadio, la manía de andar con la camiseta del equipo favorito puesta, o la algarabía de las muchedumbres ante el triunfo del equipo familiar. Porque hay que decirlo, los equipos de futbol han

pasado a ser una tradición, una herencia que se transmite de una generación a otra, de padre a hijo, y en algunas ocasiones, de hijo a padre. No, nada de aquello. A mí me interesaban otro tipo de cosas. Estaba más preocupado de los libros, las matemáticas y las ciencias. Según mi papá, la única manera de salir adelante en un pequeño pueblo del sur de Chile era con estudio. Yo lo entendía y lo sigo entendiendo de esta manera. Eso no ha cambiado.

Lo que sí cambió fueron algunos de mis intereses. Todo gracias a mi abuelo. Porque un domingo me pidió que lo acompañara al estadio a ver jugar a la selección amateur de La Unión. Yo lo acompañé a regañadientes, pero lo hice. Ya no recuerdo bien con quién jugaba La Unión. Lo que sí recuerdo es que no entendía nada de los términos que usaba mi abuelo. Todo lo decía en inglés. Hasta que al final del partido, me explicó alguno de esos conceptos. Además me dijo que uno no podía ver los partidos sino se sentaba en la mitad de la cancha y arriba de las graderías. En ese momento no entendí el porqué de ese dogma. Para mí era simple: veinte hombres corrían detrás de una pelota e intentaban meterla en un arco que defendía un portero, nada más. Sin duda para mi abuelo era mucho más que eso.

Pero ese día algo cambió cuando mi abuelo me dijo: “esta selección va a dar que hablar”. No sé bien qué me pasó. Pero recuerdo que imaginé a la selección

ganando un campeonato nacional, o uno internacional, y me emocioné. Supuse que no iba a ser menor ser parte de algo así, y que no debía ser indiferente a un deporte, que en definitiva, era noble y masivo. Porque de eso no hay dudas, el fútbol junta gente, crea masas y entrega una convicción a nivel de pueblo, de ciudad o país.

La cosa es que desde ese día, comencé a ir a ver todos los partidos con mi abuelo. Corrían los primeros años de la década de los ochenta y el fútbol, en el contexto local, quizá, fue necesario. En ese entonces, los medios de comunicación no eran masivos. Si no te congregabas en el estadio, la radio podía ser una especie de salvación, de auxilio, que también agrupaba a personas, pero más que todo a la familia y en un escenario más íntimo. El estadio agrupaba a la masa, a la muchedumbre, a la gente de barrio, al trabajador.



Por lo mismo, el fútbol, en ese tiempo, fue necesario. Necesario para congregarnos y olvidar, para concentrarnos en el juego, en un equipo que podía llegar a darnos muchas alegrías y satisfacciones. En uno de esos partidos mi abuelo me dijo que prefería estar en el estadio olvidando la historia reciente del país, que en la casa, o en la calle, donde los rumores de lo que pasaba en Santiago eran cada vez más trágicos. En ese entonces no lo entendí muy bien. Pero al tiempo supe que mi abuelo tenía razón. Mucha razón. Ante todo, el estadio era un lugar para olvidar, imaginar y alentar a un equipo.

Entonces pasó lo que mi abuelo había dicho, la selección de La Unión empezó a dar que hablar. Por ese tiempo mi papá compraba el diario La Tercera y este diario tenía una sección sobre deporte amateur.



Era mediado del año 1982 y se anunciaba el campeonato nacional de fútbol en Puente Alto. Y por supuesto, participaba la selección de La Unión. Desde que vi el anuncio supe que tenía que ir. Por lo que empecé con los preparativos. No fue fácil. Primero, porque, en ese tiempo, para ir a Santiago había que hacer un papeleo más o menos grande. Mi abuelo decía que era como salir al extranjero. Tuve que sacar mi carnet de identidad y llevar un par de papeles más. Y segundo, porque tenía que pedir permiso, y mi papá, sin duda, no iba a dármelo así como así. Cuando le comuniqué mi intención se negó de todas las maneras posibles. Me dijo que era peligroso, que en la capital había terroristas, que también había que tener cuidado con los militares, etc, etc. Puso como argumento la situación económica de la familia y la del país. El 82 fue un año relativamente complicado. Los militares empezaron a dar pie a una serie de medidas económicas para desarrollar la economía del país. Pero ese año, las cosas empezaron a andar mal. El trabajo empezó a escasear, grandes empresas se fueron a quiebra y los trabajadores comenzaron a quedar sin trabajo. Es cosa de recordar que por ese tiempo la barra de la selección de La Unión se llamaba “Los Primero de Mayo”, un juego de palabras que relacionaba el día del trabajo y su calidad de cesantes. Pero bueno, esa es otra historia. La cosa es que mi papá se negó a darme permiso. En resumen argumentó



que era muy peligroso ir a la capital y no tenía dinero para enviarme. Sin embargo apareció mi salvación. Un día sábado por la tarde llegó a mi casa, ya no recuerdo a qué, mi tía Eugenia con mi tío Gastón. No sé en qué momento todos empezaron a hablar de fútbol. Salió a colación la participación de La Unión en el campeonato nacional y mis tíos dijeron que irían a ver jugar al equipo. Mis papás se miraron extrañados, entendieron que ya tenía la excusa perfecta para ir, y ellos, ningún motivo racional para no dejarme asistir. Mientras tomábamos once, les comuniqué a mis tíos mis ganas de ir a Santiago con ellos, que mis papás no me querían dejar ir solo, por todo lo que ello significaba, y que yo, a toda costa,

quería ir a ver jugar a La Unión. Entonces ellos propusieron que fuéramos los tres. A mis padres no les gustó la idea. Pero mi papá no tuvo más remedio que darme la autorización que faltaba.

Y La Unión nos dio todo lo que queríamos a esos trescientos hinchas que asistimos al campeonato. La Unión 4, Cañete 0. La Unión 2, Minera Algarrobo 1. La Unión 5, Asociación de la Chupalla 3. La Unión 1, Puente Alto 3. Y aquí hay que aclarar algo. Muchas personas creen, entre las que me cuento, que en este partido, el único que se perdió en las eliminatorias, había una estrategia detrás. Esto se debe a que en el otro grupo estaba Santa Rosa Sur de Renca, que era la selección de Santiago que lo había ganado todo y que su barra, ocupaba la mitad del estadio cuando jugaban. El plan era dejarse perder para jugar con ellos en la final y no la semi-final, porque todos los jugadores creían que Santa Rosa les iba a ganar, por lo que preferían llegar al menos a la final. Y todo salió como se había planeado. Santa Rosa le ganó a Puente Alto y jugó la final con La Unión. Entonces, Ricardo Soto, nos dio la alegría que todos esperábamos. Cuando hizo el segundo gol, a varios de los que estábamos en el estadio nos saltaron las lágrimas por los ojos. Gritamos hasta experimentar cierto dolor en la garganta. Después de este gol sabíamos que el partido era nuestro. Y así fue. La Unión supo aguantar hasta el

final las embestidas, los ataques y patadas de Santa Rosa Sur.

Una vez finalizado el partido, comenzó la celebración. Todos los unioninos que acompañábamos a la selección nos juntamos con la barra “Los primero de Mayo” que no dejaban de hacer sonar un par de bombos y una trompeta. Era una algarabía total. Cantaban el himno de La Unión, el himno nacional y le daban las gracias a “Pituto Larre”, el unionino ganador de la polla gol que financiaba la barra, y al Alcalde Enrique Larre, por la gestión que había realizado, por el “aguante” como decían todos, que le había dado a la selección. Ahora que lo pienso, haber ganado ese partido fue una hazaña de aquellas. Éramos un pequeño equipo sureño que desafiaba al gran equipo capitalino; éramos apenas un puñado de hinchas que apoyaba con fervor a su equipo, mientras que la barra de Santa Rosa era gigantesca y agresiva; éramos, lo vuelvo a decir, un pequeño puñado de apasionados que íbamos a alentar a nuestro equipo, mientras que ellos, los azules, como se hacían llamar, eran una multitud organizada y agresiva que estaba dispuesta a las peleas más sangrientas si era necesario. Y así fue. De hecho, una vez terminado el partido golpearon sin un porqué a un par de hinchas nuestros. Afortunadamente los carabineros intervinieron rápido y el incidente no pasó a mayores. Claro, quién iba a querer hacerle frente a la policía que en ese tiempo

andaba con metralletas colgando de sus hombros. Lo bueno es que, como dije, nada pasó a mayores y la seguridad de la selección de La Unión y sus hinchas no se vio afectada.

La llegada de la selección fue caótica. Ya todos sabían la noticia y una multitud de gente esperaba la llegada del tren en la estación. Todos con pañuelos blancos recibiendo a la selección ganadora. Las autoridades, encabezadas por el alcalde, autoridades militares, policiales, profesores, funcionarios públicos, todos habían dejado de trabajar para ir a recibir a los jugadores. Cuando llegamos, porque bien merecido tenga recordar, que yo viajé en el mismo tren que la selección, sólo que en un carro económico, nos abrazábamos con todos. De seguro que más de alguno pensó que yo u otros hinchas éramos parte del equipo o la comitiva organizadora. Se sentía bien ser acogido,



sentirse alguien importante por un momento. Los abrazos iban y venían cuando apareció Pituto Larre y llamó a “Los Primero de Mayo”. Yo me estaba excluyendo cuando un grupo de hinchas me tomó de los hombros y me acercó al grupo. Entonces, Pituto, el ganador de la polla gol, el que lo despilfarró todo y hoy por hoy, apenas maneja un taxi en la capital, nos dijo que iba a haber fiesta, e iba a ser una fiesta en grande y para recordar. Que todos teníamos que dirigirnos a tal parte; que si queríamos podíamos llevar a nuestra familia, a los que quisiéramos; que no teníamos que molestarnos por pagar, que él, Pituto Larre, se encargaba de todo. Mal que mal era su barra, su selección, su dinero. Y así lo hicimos. Apropiándome de sus palabras, partí a mi casa y fui a buscar a mi abuelo. El viejito, que acababa de almorzar, no dudó un instante en asistir. Se puso un sombrero y un abrigo y salimos. Eran días de futbol, eran días de fiesta, eran los días perfectos para olvidar e imaginar un país mejor.

Índice

Castigo Inminente	5
García Madero	10
Inauguración	21
Aguirre y la ira de Dios	31
Tiempos Modernos	39
Señor Vogel	47
Correspondencia	55
El Viaje	63
Días de Fiesta	71
Frecuencia Modulada	81
Los Coristas	90
Historias de Fútbol	98

